

NOSOTROS

EL PROGRESO Y SU FÓRMULA

LA LUCHA POR EL PROGRESO (1)

I

Cuestión metodológica

Al abordar un estudio sociológico sobre el Progreso y la Civilización, — tópicos trillados, si los hay, y respecto de los cuales aun las personas extrañas á las verdades de la sociología consideráranse habilitadas para emitir opinión personal — lo primero que debe preocuparnos, á fin de no exponernos á la esterilidad del esfuerzo, es, sin duda, la cuestión metodológica. Voy más lejos aún, en este sentido: creo que el problema metodológico reviste, en el período de formación de una ciencia, — y es el caso, de la de Augusto Comte — una importancia permanente, diré así, y que él prima á todos los otros. No es dable, en efecto, desconocer que, debido á su modo un poco anárquico de trabajar, ciertos puntos de nuestra joven ciencia están lejos de haber sido dilucidados por completo

(1) La Dirección de *Nosotros* ha creído oportuno solicitar del Dr. Antonio Dellepiane su autorización para publicar en estas páginas un resumen de las lecciones por él profesadas en la Sorbona sobre *La teoría del progreso*. El Dr. Dellepiane es el primer americano que, á pedido de las autoridades universitarias, ha dado una serie de conferencias en la Universidad de París. Y su éxito fué tal que, aparte del elogio inusitado de eminentes sociólogos y el aplauso sin discrepancias del periodismo parisién, el Consejo Superior Universitario resolvió, por unanimidad, acordarle el título de profesor *agrée* de esa Universidad, el que solo se había otorgado hasta la fecha á un norteamericano, el Profesor Davis, de Harvard, y hacerle entrega de una medalla conmemorativa. Debemos felicitarlos pues, de que la feliz coincidencia de la estadía temporaria del Dr. Dellepiane en París, le haya presentado la oportunidad de desvanecer la mala impresión dejada en dicha ciudad por algunos conferencistas argentinos que, solicitando una de las aulas universitarias para decir cuatro vacuidades, se apresuraban á telegrafiar á América sus triunfos en la Sorbona. N. de la D

y que las ideas se hallan todavía, á su respecto, un tanto contradictorias y confusas. Temo ocurra lo mismo con el tema de estas lecciones. Por eso, repito, debemos tratar de disciplinar nuestros trabajos, de metodizar nuestros estudios, de formular previamente, si fuera posible, un plan de investigaciones, pero, sobre todo, de saber cómo necesitamos atacar el problema para estar seguros de resolverlo con acierto.

Ahora bien, dada la naturaleza de nuestro tema, el método indicado para estudiarlo no puede ser otro, á mi entender, que el analítico-objetivo. Ante todo, necesitamos huir de las síntesis prematuras, desconfiar de las verdades globales que no sean la integración de verdades parciales debidamente comprobadas, no perder de vista jamás que unos minutos de síntesis suponen casi siempre largos meses y á veces años de análisis; y que este procedimiento analítico es de absoluto rigor cuando se trata de problemas, como el que nos ocupa, cuya solución envuelve la de multitud de cuestiones especiales, que es menester resolver, antes de despejar la incógnita mayor. Es, nuestro caso, semejante al de los problemas igualmente complejos de las navegaciones aérea y submarina, que envolvían, ellos también, el hallazgo de variados inventos especiales, los que debieron ser obtenidos, uno á uno, antes de pensarse en coordinarlos para la obtención del resultado á que debían concurrir sincrónica pero separadamente. De ahí que, si nos proponemos, por ejemplo, encontrar la fórmula general del progreso, parece que el procedimiento debe necesariamente consistir en determinar, en cada clase de actividad humana, en qué consiste el progreso; hacer lo mismo con relación á los diferentes órdenes de fenómenos naturales y de seres organizados; y, una vez obtenidos los resultados, compararlos entre sí, para ver si tienen elementos comunes, y si, las diversas fórmulas parciales, pueden ser reducidas á una fórmula general, que, en caso afirmativo, constituiría, precisamente, la fórmula general del progreso que se busca.

Necesitamos, así mismo, recelar de las teorías que implican una mera hipótesis, de las tesis que no salen del humus nutritivo de los hechos, de las generalizaciones prematuras, basadas en un número insuficiente de datos, con las cuales á veces nos encariñamos demasiado é involuntariamente, inconscientemente, nos esforzamos, deformando la realidad, en sacar triunfantes de las peripecias del debate científico; todo lo cual es fácil de conseguir

procediendo con un método rigurosamente objetivo, que no desdeñe consultar y tener en cuenta ni siquiera el concepto común del progreso. ¿No constituye, acaso, este concepto, tan generalizado, una realidad psicológica, una objetividad social que debe ser examinada puesto que quizá es susceptible de traernos alguna luz, caso de ser verdadera, y, en el caso contrario, que conviene rectificar? ¿Cómo no examinar también el concepto biológico del progreso, el nuevo sentido del mismo envuelto en la ley de evolución, y originado por la comprobación de las leyes del transformismo de los seres organizados, de su adaptación al medio y de la sucesión de las especies?

II

Concepto común del progreso

Aunque de creación relativamente reciente, y talvez por ello mismo, pocas palabras hay tan usadas como la palabra progreso. Se la emplea á cada momento y á todo propósito, para denotar un movimiento en sentido positivo ó negativo ó la ausencia de todo movimiento. En el común sentir, progresar es marchar hacia adelante, dar nuevos pasos en un camino ó dirección dada; lo que, naturalmente, supone una vía y también una meta. Lo contrario del progreso es el regreso, el atraso ó simplemente el estancamiento, la rutina. Sobre esto todos concuerdan. Donde empieza la divergencia de las opiniones, hasta convertirse, á menudo, en una oposición radical, es en la cuestión de saber si un movimiento, si un cambio, si una transformación, ocurridos en un caso dado, importan ó nó un progreso. La convicción de que sí importan, ó la contraria, dependerán del criterio individual, de las creencias políticas, religiosas, sociológicas de cada uno. Tales son las primeras ideas que el análisis del concepto común del progreso nos suministra.

Otro hecho de inmediata observación es el siguiente: existe multitud de casos concretos en que los hombres se entienden ó parecen entenderse con relativa facilidad al emplear la palabra progreso, así como las voces afines, florecimiento, crecimiento, expansión, que designan fenómenos análogos al progreso. No existe aparentemente dificultad alguna en comprender lo que se afirma al decir que una casa comercial progresa. El aumento de clientela, el ensanche de las operaciones, el incremento del capital,

pero, sobre todo, el crecimiento de las ganancias, fin último de toda empresa comercial, son los hechos constitutivos del florecimiento, prosperidad ó progreso de la misma. Bueno es, sin embargo, observar, que este mismo progreso mercantil, acusado por algunos de los hechos enumerados pero no por el último, puede tener, en la opinión común de las gentes, un carácter falaz y ficticio, que ha motivado la distinción entre un «progreso sano» y un «progreso morboso» y dado lugar á que se hable, en casos determinados, de «crisis de progreso» ó «de crecimiento».

¿Existe un criterio común para juzgar del progreso? Parecería que nó, dado lo que se ha dicho sobre la diversidad y divergencia de opiniones al apreciar los casos concretos. El criterio del tamaño ó del crecimiento, exacto en determinadas circunstancias, se torna, en otras, absolutamente falso. Confunde la cantidad con la fuerza y olvida la calidad, factor muchas veces primordial, para generar un producto de gran valor, de mérito subido, acabado, perfecto. La cantidad es criterio infantil, propio de niños y de países nuevos que se extasían ante el tamaño, ante la cifra: *The greatest in the world*. Este criterio medirá la fuerza de un ejército por el número de soldados y el de una armada por el de sus buques, el espesor de las corazas, el calibre y alcance de los cañones; olvidando que las batallas se ganan no sólo por la acción de los elementos indicados sinó también por la de otros factores, la dirección acertada, la preparación, la audacia, el heroísmo disciplinado, cuya computación escapa á las *enquêtes* y evaluaciones de la estadística. Este criterio medirá la producción artística de un país por su cosecha literaria, escultórica ó pictórica anual: «tantos cuadros y estatuas, tantas comedias más que el año anterior», sin averiguar si el nivel medio artístico ó el número de obras maestras sube ó desciende y si el gusto público se depura ó deprava.

El criterio del tamaño ó del crecimiento tiende cada vez más á desacreditarse. La cultura se difunde y el público se apercibe de que, como muy bien decía Bastiat, «hay en todas las cosas lo que se vé y lo que no se vé», siendo precisamente esto que no se vé, con frecuencia, de mayor importancia que lo aparente. En un instituto universitario el número de alumnos y profesores, la importancia de los edificios y del material de enseñanza son elementos que fácilmente se acusan á primera vista; no así el orden, la asiduidad, el fervor por el estudio, la

preparación del profesor, el espíritu de emulación de alumnos y docentes, la eficacia de los métodos pedagógicos, el resultado científico conseguido. Y ninguna persona de mediana ilustración incurriría ya en el error grosero de juzgar, por los elementos materiales, y no por los de orden moral, el estado de adelanto ó atraso de una institución como la citada.

III

Sentidos del progreso en biología

Las sagaces observaciones y prodigiosos descubrimientos de las ciencias naturales en la época contemporánea han aportado nuevos elementos de juicio y abierto perspectivas antes insospechadas que ilustran, completan ó comprueban los hechos que nos proponemos dilucidar. Los descubrimientos y observaciones referidos han dado, desde luego, por resultado, introducir en la ciencia dos sentidos originales del progreso: los contenidos en las llamadas *ley de adaptación* y *ley del progreso orgánico* ó de la *evolución de las especies*.

Los seres organizados, so pena de perecer, tienden siempre á ponerse en equilibrio con el medio en que viven, para lo cual experimentan modificaciones orgánicas, cambian en su estructura y funciones, evolucionan hasta acomodarse al ambiente, hasta adaptarse á él. Todo cambio ó evolución que conduce á la adaptación completa implica, evidentemente, un progreso para el ser que lo sufre, puesto que la adaptación le permite vivir, prolongar su existencia, desiderátum de la vida orgánica en sí misma. En este sentido, la adaptación perfecta es un ideal, al menos para el individuo, y, por lo tanto, puede establecerse que el progreso es la adaptación.

Pero esta primera fórmula encuentra su correctivo y rectificación dentro de los propios dominios de la ciencia biológica, la cual se apresura á agregar que la adaptación, si bien procura al ser vivo una duración y un bienestar personal relativo, puede redundar en detrimento de la especie, con relación á la cual suele el individuo quedar colocado en un rango inferior, bajo ciertos respectos. Todo ser que sufre pasivamente la ley de adaptación al medio está expuesto á evolucionar progresiva ó regresivamente, según los casos: ó es llamado á ascender en la escala fitológica ó zoológica, por el hecho de haber

adquirido una mayor complejidad de estructura, una diferenciación más avanzada y una ejecución más perfecta de las funciones vegetativas ó por haber conquistado funciones nuevas y superiores que le permiten un dominio más amplio sobre la naturaleza y sobre sí mismo y le aseguran el triunfo en la lucha por la vida; ó es condenado á descender, en las escalas indicadas, en virtud de una evolución en contrario sentido á la que acaba de describirse.

Hémos aquí en presencia de una segunda manera de concebir el progreso en biología: el llamado progreso orgánico, el que resulta de la comparación de las especies entre sí tomando como criterio la complejidad de estructura y la diferenciación de funciones ó mayor división del trabajo orgánico; criterio que permite agrupar á las especies en un orden gerárquico y formar con ellas una escala en la cual el hombre, ser de estructura más compleja y de diferenciación más avanzada, constituye el peldaño superior.

Este progreso orgánico, esta gerarquización de los seres vivos, este aristocratismo biológico débese, al parecer, á una ley que, á través de las sucesivas épocas geológicas, ha venido cumpliéndose en el astro que habitamos: la «ley de sucesión de las especies en función del medio,» como podría denominársela. En efecto, el progreso orgánico es función del medio, como diría un matemático, es decir, el medio condiciona, permite, hace el progreso. Y ello es tan cierto, que colocándonos en el caso extremo, en el de un astro muerto, sin agua, ni atmósfera, ni otros elementos vitales, tal como ocurre con nuestra luna, todos convienen en la imposibilidad de la vida en semejantes condiciones. La vida se ha hecho, pues, posible y ha evolucionado en nuestro planeta, en sentido progresivo, dando lugar á la aparición de especies cada vez más complejas en su estructura y diferenciadas en sus funciones, hasta llegar al hombre, último término de la evolución, merced á los cambios geológicos climáticos, telúricos favorables producidos en él.

Transportemos al campo sociológico estas nuevas concepciones del progreso formadas en los dominios de la biología y veamos si ellas pueden servirnos para definir, formular y explicar el progreso social. Tratemos también, de averiguar si la voz y el concepto de evolución, introducidos en el terreno sociológico con la mira de unificar, simplificar y facilitar explicaciones, eliminando toda idea

tendenciosa de finalidad y suministrando un criterio objetivo del progreso social tienen, realmente, la virtud aclaratoria, simplificadora y conciliadora de doctrinas que se les atribuye.

IV

Adaptación y progreso

Si el primero de los criterios para juzgar del progreso en biología, el de la adaptación, era insuficiente y erróneo aplicado á la vida fisiológica, con mayor razón debemos suponer que falle como criterio de la vida y del progreso social. Progresar, en lo social ¿no implica acaso precisamente rebelarse contra la presión del medio exterior, que tiende á plegar al hombre á las modalidades y circunstancias ambientes, en igual forma á la verificación en los animales inferiores? Cuando el hombre cubre su cuerpo con el vestido para sustraerlo á los rigores de la baja temperatura ¿qué hace sinó sacudir el yugo de la adaptación biológica que impone á todo animal, bajo pena de desaparecer, la necesidad de variar el espesor, pelaje y plumaje de su piel, acomodándola á las exigencias ambientes? Y cuando el hombre emplea, en vez de sus dientes ó de sus uñas, las armas que él mismo ideó y fabricó para defenderse de los seres peligrosos ¿acaso no se emancipa de la tiranía del medio físico que ha modificado gradualmente y perfeccionado las armas naturales del animal, por medio de la ley de adaptación del mismo á las condiciones de su existencia?

Si la justeza en la adaptación diera la medida exacta del progreso ¿con qué derecho se proclamaría el hombre superior á todos los animales y en esta misma superioridad establecería gradaciones que van del salvaje al civilizado? Es imposible desconocer que, en materia de adaptación al medio, la del hombre no es tan completa como la de los seres inferiores, siempre que no se tome en cuenta, naturalmente, la adaptación del medio al hombre que es cosa bien distinta, hasta convertirse en opuesta. Tampoco es dable dudar de que la vida moderna, la civilización contemporánea, si, por una parte, satisfacen mejor nuestras necesidades y por lo tanto crean una adaptación más perfecta, por otro, tienden á engendrar necesidades nuevas, á veces ficticias, á exasperar los deseos, á irritar las vanidades, y, en este sentido, producen una nueva desadaptación.

tación, engendrando ansias, apetitos, un descontento profundo y general á que no escapa grupo social alguno, pobre ó pudiente.

Si la mejor adaptación acarrea, como hemos visto, la satisfacción más perfecta de todas las necesidades, y, por consiguiente, el bienestar más completo ¿qué ser humano puede disputarla á multitud de animales inferiores al hombre, cuya existencia transcurre tranquila, libre de cuidados, exenta de preocupaciones, inexpuesta á ese mal torturador del civilizado, tanto más agudo cuanto más civilizado y previsor es el hombre, que podría llamarse la FOBIA DEL PORVENIR ? Este mal terrible, cada vez más difundido, es, seguramente, una de las causas más poderosas de las neurastenias, de la locura, del suicidio, cuyo crecimiento espanta, con razón, á médicos y sociólogos. La fobia del porvenir, el miedo á la vida, á las responsabilidades de la existencia, á las cargas que se teme no poder sobrellevar decorosamente, sin abdicar lujos ó posiciones conquistadas, sin ajar el penacho social, la fobia del porvenir es la que después de engendrar el ahorro del dinero y la muerte voluntaria del individuo, determina el ahorro de la prole y el «suicidio de la raza», el grave problema de la despoblación, cuyas causas son, inmediata y directamente morales, religiosas, psicológicas, si, indirectamente, pueden ser y son sin duda económicas.

Agregaremos para completar estas consideraciones sobre la adaptación y sobre las relaciones y diferencias entre lo biológico y lo social, que el hombre, ser autoconsciente y capaz de determinarse por motivos propios, de obrar por reflexión y por cálculo, en vista de un ideal, no es mera función del medio, como el animal y la planta. El medio físico y social hacen al hombre, hasta cierto punto (ley de adaptación del hombre al medio); pero el hombre reobra y modifica también el medio físico y social para adaptarlo á sus necesidades (ley de adaptación del medio al hombre), como es imposible ya desconocerlo en el estado actual de la sociología. Y el hombre hace el medio, precisamente en vista y á causa de concepciones de vida y de ideales de progreso que su mente elabora y su voluntad aspira á realizar... Siendo lo más curioso del caso que, con frecuencia, estos ideales florecen en los medios más adversos á su eclosión: un medio social corrupto engendra, por una parte, corrompidos, conciencias que se plegan á las condiciones ambientes, adaptados perfectos; por otra, suscita rebeldes, inadaptables ingénitos, censores implaca-

siempre con relación á nosotros mismos; decimos que está más ó menos elevado en la escala de los seres, en cuya cúspide empezamos por colocarnos, proponiéndonos, así, como unidad de medida. Ahora bien ¿porqué nos consideramos el ser más elevado, más perfecto, más progresado? ¿por nuestra fuerza física, nuestra agilidad, nuestra ligereza, nuestra longevidad, nuestra resistencia á los agentes destructores? En modo alguno. ¿Será talvez por la acuidad de nuestros sentidos? Evidentemente nó. Hemos evidenciado que tampoco somos superiores á los demás seres por la justeza de nuestra adaptación al medio. Digámoslo de una vez: por nuestras aptitudes mentales que nos permiten crear el útil, el arma y la máquina, dominar la naturaleza, adaptarla á nuestras necesidades, emanciparnos de la tiranía orgánica y proclamarnos, con alguna justicia, los reyes de la creación.

No creo, por último, en la sustitución ventajosa de la voz y el concepto de progreso por el término y el concepto de evolución, cuyo contenido no está todavía perfectamente delimitado por la ciencia. Es, en primer lugar, la idea de evolución, la de un proceso natural, necesario, al par que gradual y relativamente lento; por lo cual se opone á la evolución la revolución, que implica el concepto de un cambio repentino, brusco, artificial en cierto modo ó traído por una fuerza extraña que no actúa en el orden normal de las cosas. Hasta aquí, nada hay que no pueda encontrarse en el término y el concepto que se desea reemplazar. En segundo lugar, preténdese hacer entrar en el vocablo evolución, la idea de simple cambio, de mera transformación, eliminando de él toda idea de dirección en el movimiento ó de arquetipo al cual tendiera á aproximarse ó á igualarse al ser que evoluciona.

Pero ¿es esto acaso posible? El término evolución, hasta por su origen etimológico ¿no parece ya implicar la idea de desenvolvimiento, es decir, de algo que se amplifica, se desarrolla y al propio tiempo crece en tamaño ó amplitud? Y, para escapar á esta ambigüedad de sentido, al mismo tiempo que para indicar la dirección del movimiento, de la que jamás se puede prescindir ¿no se ven obligados los biólogos á recurrir á la desdeñada palabra que desearían eliminar y no nos hablan ellos mismos de evolución *progresiva y regresiva* de los seres? ¿En vista de todo esto ¿no sería el caso de *adaptar* á las circunstancias una cita á menudo repetida y de decir á los biólogos y naturalistas, con el poeta:

«Chassez le finalisme, il revient au galop»?

VI

Criterio y fórmula general del progreso

Suficientemente orientados por las intuiciones del sentido común, las demostraciones y leyes de la biología, podemos ya abordar el estudio del progreso social para precisar la fórmula que lo define y averiguar si constituye ó nó una ley de las sociedades humanas.

La idea de progreso es relativa, como la de altura. Como su propia etimología lo denota, el progreso implica, en su sentido directo, movimiento de un objeto, y en su sentido indirecto, cambio de forma ó de estado en un ser. En el primer caso, supone una cosa que muda de posición en el espacio con relación á un punto al cual tiende y se acerca: en el segundo, supone la modificación del ser, que, al variar, tiende y se acerca á un ideal, á un arquetipo al cual nos referimos siempre al hablar de progreso. El retroceso ó regreso envuelve naturalmente la idea contraria.

Ahora bien, tratándose de las sociedades humanas y de los cambios que experimentan ¿cuál es el arquetipo ó ideal á que debemos referirnos al hablar de progreso ó de regreso con relación á las mismas? ¿Existe ó nó un criterium para apreciar y decidir en el caso de una institución social cualquiera ó si se trata del conjunto de las actividades sociales correspondientes á un estado de sociedad cuándo hay progreso, estancamiento ó retroceso?

Ese ideal, ó arquetipo existe, en mi opinión, y no es otro que la más alta civilización, entendida en la forma que más adelante diremos; ese criterium existe, así mismo, y está en la vida humana, no en la vida mirada del punto de vista puramente orgánico, apreciada con un sentido estrechamente biológico, sinó en la vida integral, considerada en su doble aspecto bjo-psíquico y en la más elevada expresión que es susceptible de alcanzar en su desarrollo.

Ya se trate de una categoría de fenómenos sociológicos, ya de una institución social cualquiera, ya del conjunto de las actividades de una sociedad en un momento dado, el criterio del progreso es, para nosotros, la vida: pero, entiéndase bien, la vida completa, plena; la vida fisiológica y la vida psíquica; la vida sana, equilibrada, armónica, en que todas las funciones corporales y todos los procesos mentales se ejercitan convenientemente, juegan

en forma adecuada, sin dañarse ni absorberse los unos á los otros, procurando, de tal modo, al ser á que corresponden, el máximun de duración vital y de bienestar físico y moral. El progreso social, no es otra cosa que el acercamiento paulatino á este ideal de aumento de vida, para todos ó el mayor número de hombres de una sociedad; ó, si se quiere, es la ascensión indefinida hacia las cumbres de la civilización, es decir hácia un estado de sociedad en que se realiza la aspiración humana hacia una existencia cada vez más y mejor llenada. Tales son mi criterio y mi fórmula del progreso social; tales son, añadiré, en último análisis, el criterio y la fórmula de todo el mundo, cualesquiera sean las palabras de que se valgan los hombres para expresarlos.

Pero si todos los hombres concuerdan, como acabamos de afirmar, sobre el criterio y la fórmula del progreso social; si, no sólo coinciden, como antes habíamos mostrado, en pensar que el progreso es un avance, un acercamiento, sino también en que es el avance y el acercamiento hácia una misma meta, igualmente concebida por todos ¿cómo se explican, entonces, las divergencias que á diario se notan en los juicios y apreciaciones humanas acerca del progreso social? ¿Porqué lo que para unos importa un progreso, para otros, al contrario, constituye un retroceso?

Lo que ofusca el juicio de los hombres al fallar en materia social no es, sólo, con ser muy grande, el cúmulo de prejuicios y de pasiones que abrigan, sinó el desconocimiento ó el olvido de una verdad sociológica que tarda mucho en imponerse á la conciencia de la masa, y es la siguiente: ninguna institución social es buena en sí, absolutamente buena, buena para todos los estados de sociedad. Una institución es buena ó mala sólo relativamente. La dictadura, por ejemplo,—para ponernos en un caso extremo y hacer más evidente la demostración — la dictadura, abominada por todos como una odiosa calamidad social puede ser un mal necesario y por lo tanto un bien relativo. Un gobierno unipersonal, autoritario, hasta caprichoso y despiadado, pero indispensable para imponer orden en épocas de caos ó de anarquía, es benéfico, aunque lleve aparejado males parciales y transitorios. Los pueblos anarquizados ó ingobernables por su indisciplina, su ignorancia, ó sus hábitos de pillaje, como las personas en estado de minoridad, necesitan ser colocados bajo tutela. Y este mismo criterio de relatividad para apreciar la

bondad ó maldad de las cosas sociales, nos lleva á concluir que una institución buena y hasta óptima en un momento dado puede ser intolerable en otro. Así, un gobierno fuerte, que no admite se le discuta ni controle, que obra sin consultar y desoyendo las manifestaciones de la opinión, conveniente y oportuno para ciertas circunstancias críticas, vuélvese abusivo y anacrónico cuando estas desaparecen.

VII

Progreso económico y científico

La fórmula del progreso que acabo de presentar es rigurosamente cierta no sólo con relación al conjunto de las actividades sociales, á la vida de las sociedades en general, sino también, con respecto á cada una de dichas actividades. Procuraré demostrarlo, haciendo ver que ella resiste victoriosamente cuando se la aplica á los diversos órdenes de hechos sociales, á los fenómenos económicos, científicos, artísticos, religiosos, jurídicos, políticos y morales. La demostración servirá, al propio tiempo, para concluir de aclarar y explicar el porqué de las desinteligencias que, al apreciar los casos concretos, se observa con frecuencia en los juicios humanos.

No es difícil decir, en general, en qué consiste el progreso en el orden económico. En lo económico, progresar es explotar nuevas fuentes de riqueza, acrecentar y perfeccionar el herramientaje industrial, producir más y mejor, consolidar las instituciones de crédito y de ahorro, facilitar los cambios y la circulación, sanear la moneda, distribuir equitativamente entre los cooperantes el beneficio de la producción, elevar el *standart of life* de los asalariados, etc.

Ahora bien, ¿quién no vé que si los hechos enumerados, constituyen, en block, el progreso económico, es pura y simplemente porque todos ellos tienden, tomados uno á uno ó en conjunto, á realizar la fórmula del progreso que hemos anticipado, es decir, á obtener en la esfera de lo material, en lo concerniente á la satisfacción de las necesidades humanas, las condiciones indispensables para procurar al conjunto de los miembros de la sociedad los medios de vivir más, más completa, más intensamente? ¿Quién no ve, por otra parte, que las disidencias económicas, las divergencias entre individualistas y socialistas ó entre libre-

canbistas y proteccionistas, *verbi gratia*, versan, no propiamente sobre el fin último que se persigue, sobre la meta que se trata de alcanzar, — en cuanto todos conciben del mismo modo el ideal á realizar: acrecer, en superficie y en profundidad, la vida de todos ó del mayor número de hombres — sinó sobre los medios más conducentes de conseguirlo?

El progreso científico es igualmente fácil de discernir y de formular. Estriba, sin género alguno de duda, en el conocimiento, cada vez más acabado y exacto, de la fenomenología universal, de las leyes y de las causas naturales; conocimiento que permite la previsión de los hechos y la utilización de las fuerzas de la naturaleza, todo lo cual redundará, en definitiva, en el dominio del hombre sobre el mundo y sobre sí mismo, ó sea, como hemos visto, en su ascensión paulatina á las cumbres de la civilización, á la vida intensa y extensa, sana y armoniosa, prolongada y feliz dentro de las condiciones y límites de la existencia terrestre.

VIII

Progreso artístico

Es más difícil de entenderse acerca del progreso y su fórmula en materia de obras y escuelas artísticas porque nuestros juicios estéticos comportan siempre infinidad de elementos subjetivos. Sin hablar del gusto, que es en parte cuestión de temperamento y en parte de educación, entra aquí así mismo en línea de cuenta la moda, que es fenómeno probablemente natural y necesario, resultante, en gran parte, del cansancio fisio-psicológico, del entibamiento de la sensación y de la emoción, debido á su persistencia; hecho observable en el niño, indiferente hoy al juguete que lo entusiasmó ayer.

El romanticismo, para concretar ¿constituyó ó nó un progreso con relación á la escuela pseudo-clásica que imperaba antes de él? Sí, se contestará, en cuanto la primera representaba la declinación de una escuela que había producido obras hermosas, sin duda alguna, pero que estaba ya en plena declinación. Tal opinión no será, quizá, compartida por todo el mundo. No la abrigaban, en su época, los pseudo-clásicos, que miraron al romanticismo como una irreverencia, como una profanación, como una verdadera prostitución del arte.

Vistas hoy á la distancia estas disidencias pareceme que la escuela romántica estuvo realmente en lo cierto al combatir una fórmula justamente desacreditada y al proclamar ciertos principios, cuya exagoración por ella misma, debía conducirla posteriormente á la decadencia y á la ruina. Y, en general, considero legitimo concluir que cuando una escuela artística llega á ser desplazada por otra en la simpatía pública, debe acusarse un progreso si la primera ha agotado su fórmula, si las obras que engendra vienen ya al mundo marcadas con las taras y estigmas de la degeneración irremediable, pero, sobre todo, si la que le sucede en el favor popular aporta elementos nuevos, ó renovados, que permiten realizar más acabadamente el fin supremo del arte, que no se encierra, á mi juicio, en la estrecha y peligrosa fórmula *del arte por el arte*, siné en la que armoniza con mi fórmula general del progreso: *el arte por y para la vida*, el arte para exaltar, hacer amable, purificar y ennoblecer la existencia.

IX

Progreso religioso, etc.

Dentro de un credo religioso parece absurdo, en cierto modo, hablar de progreso, en cuanto el progreso es el cambio, por definición, mientras que, y también por definición, el dogma es la fijeza. Esto no obstante, cabe hablar de progreso, y hasta en diversos sentidos, dentro de una confesión ó religión positiva. En el seno de un credo dado el progreso consistirá en la extensión ó 'difusión de la doctrina, o bien, para ciertos fieles, en su conservación en estado de fuerza, en su inalterabilidad, en la afirmación sin reservas del dogma. Para otros creyentes estará, al contrario, en determinados cambios, en una evolución del dogma. Así, el modernismo católico actual, condenado por la Encíclica de Pío X: *De modernistarum doctrinis*; así, el liberalismo luterano, partidario él también de una interpretación libérrima de los libros santos, cuya condenación, en la persona del pastor Jatho, ha dividido á la opinión germánica en los últimos tiempos.

No incurriré en el error de hacer aquí religión comparada para establecer cuál es la religión más progresada. Ello nos llevaría á discusiones interminables y ociosas, dado que la opinión individual, á este respecto, se gobierna, más por el sentimiento, lo sub-conciente, las ap-

titudes ancestrales y otros elementos igualmente subjetivos que por la demostración racional. Se me permitirá, siq embargo, decir, al pasar, que en mi concepto, las condiciones de raza entran por mucho en materia de creencias y que por ello las religiones de culto exterior, material y simbólico se avienen más con los pueblos de raza predominantemente imaginativa y pasional, que las de culto interno y severo, adecuado á los grupos humanos de un tipo de almas distinto.

A despecho de estas disidencias los creyentes más opuestos se acuerdan sobre ciertos puntos fundamentales, de interés capital á nuestro propósito. Desde luego, en que el propio credo es la expresión más pura de la verdad; y, enseguida, en que, en materia de creencias, hay también una gerarquía ascendente, desde las religiones groseramente fetiquistas y supersticiosas del salvaje hasta las formas reconocidas como superiores á las cuales, con razón, se atribuye, — además de su efecto de ultratumba, que no hace á nuestro objeto considerar — una influencia decisiva sobre la vida terrestre en el sentido de llevarla á su perfección física y moral, vale decir, una potencia moralizadora y civilizadora insuperable.

El desarrollo acordado á los órdenes económico, científico, artístico y religioso me obliga á omitir la aplicación de mi fórmula á las actividades jurídica, política y moral de la sociedad. En ellas hallaríamos, sin dificultad, las mismas divergencias de opinión entre los hombres, al juzgar instituciones ó estados sociales, acompañadas de este mismo reconocimiento, que es precisamente, lo que nos interesa señalar: el criterium para juzgar de la bondad ó maldad de aquellos, para decidir si implican ó nó un progreso sobre la forma, que combaten ó reemplazan, es siempre el mismo, y en virtud de ese arquetipo, la institución jurídica, la organización política, el sistema ó norma éticos importan un progreso porque se supone llevan en sí la eficiencia de crear un estado social en que todos, ó la mayoría de los asociados, alcanzan y realizan un acrecentamiento de vida.

X

Interdependencia de los progresos específicos ó parciales

Acabo de intentar la comprobación de una verdad importante, hasta ahora no esclarecida suficientemente en los dominios de nuestra ciencia: cualquiera sea la activi-

dad social que se considere, ya se trate de la económica, ya de la artística, ya de la científica ó de la religiosa, etc., ella se halla en vías de progreso siempre que experimenta algún cambio capaz de llevar á los miembros de la agrupación humana correspondiente á un grado superior de vida. Ocurre ahora naturalmente preguntar ¿existe una solidaridad tan íntima entre las diversas actividades de una sociedad, que el movimiento progresivo de todas ellas se halle siempre orientado en la misma dirección? ¿La interdependencia entre los fenómenos simultáneos de una sociedad, — hecho que corre como verdad demostrada de la ciencia sociológica — el *consensus* social, como se le denomina, es tal que el progreso de una ó varias actividades sociales acarree ineludiblemente y sirva de indicio para afirmar el de las restantes?

No obstante los meritorios esfuerzos del padre de la sociología, cuya obra es estudiada tan concienzudamente por mi ilustre amigo el eminente sociólogo René Worms, no obstante los esfuerzos de Comte y de los que, después de él, han aplicado su empeño á realzar la importancia del fenómeno, forzoso es reconocer que se carece todavía de trabajos fundamentales para explicar y demostrar la llamada ley del *consensus* social y las acciones y reacciones recíprocas entre las diversas categorías de hechos sociológicos. Las obras publicadas hasta el presente no pasan de simples ensayos, algunos con carácter tendencioso, y no habría quizá mejor tema para uno de nuestros próximos congresos sociológicos que el estudio del *consensus* social. En el estado actual del problema y basándome principalmente en los datos de la historia, así como en la observación de las sociedades contemporáneas, paréceme estar autorizado á pensar que la solidaridad entre los hábitos y las instituciones de un grupo de hombres constitutivo de una sociedad (estado, nación, etc.) no llega nunca á ser tal que el progreso ó regreso de uno ó más órdenes de hechos sea forzosamente concomitante con el progreso ó regreso de los demás órdenes. Una sociedad, por ejemplo, puede alcanzar un progreso industrial portentoso y, como consecuencia, nadar en la opulencia, sin que este progreso económico se acompañe de un florecimiento simultáneo ó consecutivo en el orden científico, artístico, religioso, político y sobre todo moral.

Y la razón es obvia: tanto para el individuo como para los pueblos, la riqueza es un bien ó un mal, según el uso que de ella se haga, el que dependerá de motivos y cir-

circunstancias diversas y enteramente extrañas al hecho de la adquisición y posesión de bienes materiales cuantiosos. Por otra parte, la observación de los medios ricos, en las sociedades contemporáneas, nos hace ver que la tranquilidad, la paz interior, la felicidad, resultado de una vida equilibrada y sana, reina rara vez entre los individuos del grupo social pudiente. La ignorancia, la frivolidad, la envidia, el descontento, la murmuración, el fastidio, la inquietud, los rozamientos de vanidades hipertrofiadas, las enfermedades imaginarias, las fobias neurasténicas, el *tedium vitae* hacen presas numerosas en esas pobres víctimas de la vida sin deberes exigentes. ¿Será necesario agregar que la moralidad no es tampoco compañero necesario ó siquiera habitual de los estados de fortuna con exceso ventajosos y que si la posesión de la riqueza, pone al abrigo de la concusión, de la improbidad en general, en cambio estimula poderosamente hacia otras formas de la inmoralidad, á la corrupción, al libertinaje, al desenfreno, á la ociosidad, al egoismo despiadado?

No todos los efectos del progreso científico parecen dignos de encomio, análogamente. La ciencia, que mejora y centuplica la producción; que, como consecuencia, enriquece á los pueblos y liberta al hombre del trabajo groseramente material; que es susceptible así de proporcionarle no sólo comodidad y bienestar sino también el tiempo indispensable para la alta cultura de su espíritu, puede también ser un agente indirecto de desmoralización y decadencia. Y no es esto sólo: la ciencia perfecciona y multiplica el utillaje industrial, pero, al propio tiempo, hace igual cosa con el utillaje bélico tan funesto á los pueblos en la guerra como oneroso en el estado de paz armada con que, paradójicamente, se entiende evitarla.

Hay, como se vé, mucho que restar de esta pretendida ley del *consensus* social. La correlación entre los hechos sociales no es tan íntima y necesaria como se la supone, especialmente entre ciertas categorías de fenómenos. Hay, también, algunos de éstos, cuyo progreso repercute en poca ó ninguna forma sobre los demás. Tal el progreso jurídico, la adopción y posesión de instituciones políticas perfectas, ideales, por pueblos cívicamente ineducados, incapaces de vivir y actuar su hermoso derecho escrito. De aquí esas antítesis, observables de tiempo en tiempo, «Progreso y miseria», «Progreso y de-

cadencia», que algunos escritores explotan, convirtiendo en regla lo que no pasa de excepción.

XI

Progreso y civilización

Esta especie de antinomias de la ciencia sociológica nos trae al examen de las relaciones entre el Progreso y la Civilización, que andan invariablemente juntos en los finales de párrafos oratorios, aunque en la realidad suelen estar separados con harta frecuencia. Ello ocurre, desde luego, en aquellas sociedades que progresan sólo por un lado, diremos, y también en aquellas otras que adelantan á costa del atraso de otras sociedades ó de sí mismas. Es el caso de un pueblo rapaz, conquistador, que medra á expensas de los vencidos, que se enriquece, que, si se quiere, consigue hasta brillar en el campo del arte, pero cuyo gobierno es intolerante, fanático, opresor de conciencias, perseguidor de las libertades individuales, enemigo del saber, temeroso de la opinión pública. Nadie aplicaría á tal pueblo el título de civilizado, porque la civilización es un estado de sociedad en que se realiza la mayor cultura en todos los órdenes de la actividad social. La civilización es el progreso humano integral é intensificado y sus manifestaciones más esenciales y características son la cultura difusa, el alto nivel moral é intelectual, el respeto del derecho. La civilización es así principalmente el resultado del señorío del hombre sobre sí mismo; es una obra de cultura interior en la que cooperan las tres fuerzas civilizadoras por excelencia: la religión, el arte, la ciencia, que actúan de consuno y simultáneamente, si bien, en determinado momento histórico, alguna de ellas suele sobreponerse á las otras dos para impulsar el movimiento social, imprimiendo colorido á una época, como sucede con la actual, cuya característica parece radicar en el influjo preponderante de la ciencia como fuerza directriz y propulsora del progreso general.

Malgrado su carácter forzosamente sumario, ocurreseme que nuestro estudio sobre el Progreso y la Civilización quedaría incompleto si no agregara algunas observaciones sobre el proceso de la civilización, la que además de los caracteres anotados precedentemente, encierra también la idea de un movimiento que se propaga de la ciudad al campo, de una difusión de la cultura realizada por la

ciudad. Civilizar es modificar la parte periférica, pulir las asperezas de la vida rústica, imponiendo los usos y modos del núcleo central. Es un trabajo de propaganda y de asimilación, en que el prestigio de la más intensa ilustración, el ascendiente de la educación más refinada, de la «civilidad», de la «urbanidad», ejerce una fascinación irresistible sobre la vida provinciana, aldeana y campesina, y en que la imitación, tan bien estudiada por mi sentido colega Gabriel Tarde, constituye el factor más considerable.

No ha habido ni hay gran civilización sin un centro poderoso que la haya irradiado á todos los rumbos. Todas las naciones históricas han tenido una gran capital de que fueron la obra. Cerebro y corazón á la vez de las naciones y estados, los grandes centros urbanos recogen, acumulan, transforman, acrecientan y esparcen las fuerzas sociales civilizadoras. Ellos permiten sumar esfuerzos individuales, constituir asociaciones, crear instituciones, congregar *élites* intelectuales. Por medio de ellos se vuelve fácil controlar los juicios particulares y moderar las opiniones extremas, afinando el criterio público y ensanchando el horizonte mental. Poniendo frente á frente vanidades y ambiciones humanas, engendran una competencia y un estímulo benéficos para la comunidad. Ellos, por último, hacen posible impersonalizar las cuestiones, sacarlas del terreno mezquinamente personal que tienen en la aldea, determinando, así, la producción de «corrientes de opinión» y dando lugar á la formación de las «muchedumbres», cuyo importante papel en la historia ha puesto de relieve la sociología en los últimos tiempos.

Los grandes centros urbanos impulsan el movimiento social, van á la vanguardia, dan el ejemplo, dirigen; los centros menores imitan, siguen. El cómputo de servicios y méritos de los primeros tiene, desgraciadamente, su contra-partida: la urbe devora la vida con vertiginosa rapidez, gasta energías físicas y mentales, provoca el debilitamiento, la usura, la ruina de la raza. Por fortuna, los centros menores, las campañas, constituyen un precioso depósito de fuerzas de reserva, así étnicas como morales.

XII

Indices del progreso

El análisis que he llevado á cabo de los diferentes aspectos de nuestro tema, me ha permitido mostrar, con

abundancia de ejemplos, la disparidad de los juicios humanos acerca del progreso de una institución social ó un orden de hechos particulares. Ahora bien, si los juicios humanos son tan inciertos y discordes cuando se trata de casos relativamente sencillos y fáciles de discernir, se comprende sin esfuerzo la dificultad suma que existirá cuando se trate de fallar sobre el conjunto de las actividades é instituciones de una sociedad; instituciones y actividades cuya interdependencia, como hemos visto, puede no ser tal que el progreso de las unas determine y sirva de indicio para inferir el de las otras. Pero, contra lo que sugieren la razón y la experiencia ¿no habría acaso un método fácil para resolver este problema intrincado y difícil? Entre todos los elementos que presenta una sociedad en progreso, en la multiplicidad de efectos que de este resultan ¿no existirá algún signo evidente, algún índice infalible de la marcha ascensional, cuya mera constatación nos autorice siempre y en cualquier caso á afirmar que una sociedad atraviesa un período de progreso ó que está en atraso?

Mis observaciones y reflexiones sobre el particular no sólo han sido hasta ahora impotentes para descubrir este índice infalible del progreso social sino que han colocado á mi espíritu en un estado de duda escéptica sobre el hallazgo. Y, como cada vez que resulta imposible ó dificultoso encerrar la compleja realidad en una forma simplicista, se acude al sistema análítico de la enumeración, me permitirá presentar enseguida una nómina de los principales indicios reveladores, á mi entender, del estado ó de la marcha progresiva de una sociedad:

Elevación y generalización del bienestar material; espíritu de empresa; disminución de los bienes de mano muerta; reducción del ausentismo; herramientaje industrial y social perfeccionado y suficiente;

Elevación de los coeficientes de nupcialidad y de natalidad; rareza de las aberraciones genésicas;

Desaparición y desconsideración del matonismo;

Preocupación por la cosa pública; interés por la vida cívica; cumplimiento estricto de los deberes del ciudadano; anulación del caciquismo; ausencia de corrupción electoral; idem de chauvinismo estrecho; desdén por la plutocracia y prestigio de las *élites* intelectuales y morales;

Respeto por el ejercicio de los deberes individuales; sentimiento de seguridad de las personas y de las cosas; respeto á la ley y al principio de autoridad; convicción

generalizada de que todo ataque al derecho de otro importa una amenaza al propio derecho;

Tolerancia religiosa, respeto por las cosas destinadas al culto;

Elevación de la cultura media y reducción del analfabetismo; generalización de la curiosidad científica y ausencia de la curiosidad malsana, del espionaje social y de la maledicencia; tendencia á la especulación metafísica y al idealismo;

Amor al arte noble y serio y desdén por el frívolo y malsano; difusión y depuración del gusto estético;

Honestidad en las costumbres; ausencia de pornografía en calles, espectáculos y publicaciones; solidaridad familiar; culto de las virtudes domésticas; parsimonia en los gastos suntuarios; respeto á padres y superiores; espíritu de orden y de disciplina; laboriosidad; observancia general de las normas de la cortesía y la civilidad; hospitalidad para el extranjero; aversión á los espectáculos sanguinarios: pugilismo, corridas de toros, riñas de gallos, etc; culto de la verdad y horror á la mentira; admiración por los benefactores de la humanidad, los «santos laicos» y execración de los malvados de la historia;

Disminución del coeficiente de mortalidad; elevación de la vida media; aumento de la población por inmigración; reducción del pauperismo, la mendicidad, la vagancia, la prostitución, el alcoholismo, morfínismo y tabaquismo, el crimen, la locura, el suicidio, el juego, los hijos ilegítimos, los expósitos, el aborto voluntario, las prácticas malthusianas; disminución del mandarínismo y de la empleomanía; del lacayismo y del parasitismo social; idean de ociosos y sin trabajo; disminución del gregarismo; celo por la conservación de los bienes públicos; fitofilia y zoofilia; disminución y abominación del arrivismo, del *bluff*, del esnobismo, del lujo ostentoso y de relumbrón; escaso influjo social del adinerado; prensa periódica exenta de procacidad y venalidad; generalización de los hábitos de aseo y de profilaxis contra las enfermedades contagiosas; sanción social efectiva contra delitos, faltas é indelicadezas; filoneismo bien entendido; acumulación de experiencia por la conciencia social y aumento de la razón pública; tranquilidad y optimismo general; fé en el progreso y confianza en el porvenir.

Tales son los hechos indicativos del progreso social, los que quizá sea dado reducir á un común denominador si así puede decirse; cosa no muy probable, á mi juicio,

pues el progreso integral es la realización de la vida completa, en duración, plenitud y bienestar físico-moral y la apreciación de hecho tan complejo supone, necesariamente, la computación de muchos ó por lo menos de varios factores. Como quiera que sea, el examen del cuadro que acabo de presentar nos hace ver cuán lejos están todavía, aún las sociedades tenidas por más civilizadas, del ideal en materia de progreso social; y nos pone además en condiciones de comprender la radical diferencia existente entre las civilizaciones de pacotilla, improvisadas y á flor de piel, cuyos miembros dejan ver el salvajismo atávico á los primeros rasguños y las civilizaciones de abolengo, en que el tiempo ha estratificado lentamente en los individuos las capas de cultura y esta ha podido infiltrarse hasta la médula.

XIII

Progreso y decadencia

Los hechos contrarios á los mencionados en la nómina antecedente constituirán los índices sea de un estado rudimentario de cultura — salvajismo, barbarie — sea de la marcha en opuesto sentido, de la decadencia social. Así, la miseria privada y pública, la despoblación, por aplicación del malthusianismo ó por la emigración, el analfabetismo, la superstición, la intolerancia política, el fanatismo religioso, el caciquismo, la plutocracia, la indiferencia cívica, la pornografía, la incivilidad, el misoneismo, la xenofobia, etc.

Una nueva é importante cuestión suscitan estos índices del regreso: ¿existe una solidaridad necesaria, una relación causal entre ciertos fenómenos de progreso y otros de regreso? Así como la existencia de la luz determina la formación de la sombra y á medida que la luz es más viva es también mayor la intensidad de la sombra ¿no ocurrirá algo análogo en el orden de fenómenos que investigamos? ¿No parecen denotarlo así ciertas correlaciones sociológicas observables á nuestro alrededor mismo: el aumento de los suicidios, de la locura, de las degeneraciones, al compás de la civilización, ó la propagación del neo-malthusianismo en las grandes capitales modernas, las que, al par de faros de luz, suelen ser también sentinas de vicios degradantes é incubadoras de miseria fisiológica y moral?

El carácter sintético de estas lecciones no me permite desarrollar este interesante problema dando cumplida contestación á las interrogaciones antecedentes. Me limitaré

á su respecto á decir que, por mi parte, inclínome á admitir una relación causal entre los estados de civilización del presente y ciertas formas de corrupción, degeneración ó delincuencia. Los estados actuales de civilización crean condiciones favorables á la aparición ó extensión de las llagas sociales antedichas, y ellas se presentan ó agravan porque no se les opone un tratamiento preventivo ó curativo adecuados. Importa esto decir que el mal no es irremediable y sólo corresponde á estados transitorios de civilización. Por lo demás, la respuesta á las cuestiones que dejamos planteadas está evidentemente enlazada y contenida en la contestación á otra pregunta más amplia que examinaremos enseguida y por separado: el progreso integral, la marcha ascendente de las sociedades humanas hacia las cimas de la civilización ¿es una ley sociológica?

XIV

Ley del progreso continuo

El progreso integral indefinido, como ley de las agrupaciones sociales, es creencia que sólo se afirma en la época contemporánea, en la cual no escasean sin embargo todavía los admiradores del *bon vieux temps* y glorificadores de los hechos del pasado: *laudatores temporis acti*. En descargo de esta tendencia, errónea á mi juicio, de encontrar, sin reservas ni distingos, que

Cualquiera tiempo pasado

Fué mejor,

como canta el poeta español en melancólicas estrofas, cumple reconocer que la inestabilidad de las sociedades antiguas, en general, era más adecuada para hacer nacer en la mente de los hombres la idea de la decadencia ó caída, después de la culminación, que la del progreso continuo. Y si á esta sugestión de la realidad circundante se agrega esa tendencia antropomórfica á referirlo todo á la vida humana y á sus distintas fases, nacimiento, infancia, juventud, adultez, ancianidad, muerte, se explicará fácilmente cómo ha podido antes de ahora pensarse que las sociedades estaban sujetas en su marcha á un movimiento cíclico y hasta se llegase á formular como ley la del incesante retroceso.

Pero las cosas sociales han cambiado felizmente de fisonomía y cabe á nuestra época, entre sus muchos títulos científicos, el mérito de haber acumulado todas las pruebas necesarias para robustecer y generalizar hasta en

la masa la fé confortante y estimuladora en el progreso humano, cuya epopeya está relatada en las páginas sencillas pero elocuentes, de la Historia de la civilización. Ella nos muestra al hombre en la lejanísima época de la pre-historia, apareciendo pobre, desvalido, semi-bestial, inerme, sobre una tierra inclemente y hurañá, poblada de enormes monstruos feroces, y nos cuenta las peripecias de su paulatina elevación á los periodos de la piedra tallada, de la piedra pulida, del bronce, del hierro..... Pero ¿no importaría una verdadera ingenuidad el intento de seguirlo, paso paso, en todas las etapas de esta larga y hermosa odisea que conocen hoy en sus líneas salientes hasta los niños de la escuela primaria?

XV

Causas generales del progreso

Esta ascensión continuada del hombre hacia una vida más alta, es, pues, una verdad histórica demostrada, y, negarla, importaría algo así como cerrar las ventanas del espíritu á la luz meridiana de la evidencia científica. Pero, hay más aún: esta elevación indefinida es una verdad, no sólo con relación al pasado sino también al futuro, porque ella importa el simple cumplimiento de una necesidad ineluctable, de una ley sociológica, cuyas causas más generales son dos, á mi entender: primera, la herencia social; y, segunda, la aptitud y la tendencia del hombre, ser progresable por instinto y por reflexión.

Podemos reivindicar para nuestra joven ciencia el honor de haber puesto de relieve lo que llamo aquí la herencia social, factor primordial del medio social y cuyo acervo está constituido por la trasmisión de aptitudes psíquicas, de hábitos generales, y del conjunto de productos materiales de toda clase acumulados merced al esfuerzo de las generaciones anteriores. El hombre, venido al mundo en condiciones de heredero, usufructúa de estos valiosos elementos de adelanto, y, merced á ellos, puede dar nuevos pasos en el camino de su perfección. El medio social hace así en parte el progreso social, en la misma forma que el medio físico ha determinado el progreso de las especies.

El otro factor del progreso indefinido radica en las aptitudes psíquicas del hombre. No me engolfaré innecesariamente en discusiones inútiles acerca de la identidad ó

diversidad de naturaleza entre la psiquis humana y la psiquis animal. El hombre es un verdadero animal, afirman los zoólogos à *outrance* y los filósofos monistas. No tengo dificultad en admitirlo, á condición, sin embargo, de agregar, que el hombre es el único animal capaz de encender fuego para calentarse ó con otro fin, mientras que todas las demás bestias, sin excepción, se morirán de frío al lado de una hoguera que se extingue, no obstante tener á su disposición, al lado mismo, los leños necesarios para avivar el fuego ya existente. El hombre es, pues, el único ANIMAL DISCERNIDOR, BUSCADOR Y EXPLOTADOR DE CAUSAS; de consiguiente, el único capaz de darse cuenta de las cosas, de comprender, en el verdadero sentido del vocablo y no en el de simple asociación de imágenes; por lo tanto, el único ANIMAL PROGRESABLE POR VOLUNTAD Y POR ESFUERZO PROPIO, y ello, en cuanto es el único susceptible de adquirir la conciencia de su propio valer, de su dignidad entre todos los seres de la creación, de su aptitud para labrarse, por sí, un destino más alto, para elevarse indefinidamente en la escala de la Vida, hasta la cima de una perfección cuyo término nadie osaría columbrar y describir.

XVI

Ley de lucha por el progreso

El hombre ha querido y ha logrado antes de ahora ascender en la escala de la Vida, y esta tendencia humana constituye un nuevo aspecto del tema que estudiamos, una grande y hermosa ley sociológica, la ley de LA LUCHA POR EL PROGRESO, que me cabe el honor de formular por vez primera y de comprobar con el rigorismo científico compatible con la índole esquemática de un curso suscinto como el presente.

El progreso social es obra del hombre. Es el resultado del esfuerzo humano, de la lucha por el progreso que el hombre no ha cesado de mantener desde su aparición en la escena del mundo. El hombre ha combatido constantemente, por su ascensión á la vida integral. Ha luchado contra el medio físico, contra sus rigores, que ha concluido por dominar y las hostilidades de sus fuerzas ciegas, que ha llegado á vencer. Ha luchado contra los organismos vegetales y animales adversos, á los cuales ha destruido ó adaptado á sus necesidades. Ha luchado

también consigo mismo, domando sus instintos inferiores y obteniendo en este terreno quizás sus más bellas victorias. Ha luchado así mismo de hombre á hombre, de grupo á grupo, y esta clase de luchas, fuerza es confesarlo, no siempre han estado inspiradas, al menos por parte de algunos de los contendientes, en el deseo de hacer triunfar una idea humanitaria, una regla de la moral ó una norma del derecho; lo que no ha obstado sin embargo, en ocasiones, para que el resultado de la lucha, sobrepasando los fines egoístas del triunfador, no se tradujera en beneficio para las sociedades consideradas en conjunto, para la humanidad.

Y á propósito de estas luchas de sociedad á sociedad ó de grupo social á grupo social, todavía podría decir, en elogio y desagravio de nuestra especie, que á través del celo fanático por la defensa de ciertas causas ó la propagación de ciertas ideas ó instituciones hoy abominadas por la conciencia universal, con frecuencia se revela un error sincero y hasta un generoso anhelo de imponer á los demás, aún contra su deseo, aquello que se había abrazado apasionadamente, por lo mismo que se le estimaba como bueno y como verdadero.

Competencias económicas, luchas religiosas, desarmonías de raza, conflictos políticos: en el fondo de todo ésto no se descubre á menudo, si se observa atentamente, sinó una lucha por el progreso. No rebajemos la naturaleza humana: lo primero á que el hombre aspira, así que satisface sus necesidades premiosas, es á mejorar y á perfeccionarse á sí mismo; lo segundo, á mejorar y á perfeccionar á los demás, y esto último, no sólo por impulso altruista, sinó hasta por propia conveniencia, por refinado egoísmo, para escapar á los efectos perjudiciales de la ley de solidaridad social, en virtud de la que todo atraso, miseria ó perversidad ajena repercute en daño de uno mismo, así como todo adelanto ó mejoramiento de los otros redundará, directa ó indirectamente, en nuestro propio bien.

XVII

*La lucha por la vida, la lucha por el derecho y la lucha
por el progreso*

Es de justicia reconocer que la intuición, como de costumbre, ha precedido á la demostración concluyente, en

este, como en casi todos los casos. La ley de la lucha por el progreso ha sido magníficamente simbolizada en el mito pérsico de Ormuz y Ahriman, así como en diferentes leyendas de otras religiones que personifican el combate de la luz y de las tinieblas, del Bien y del Mal, terminado siempre por la victoria de los primeros, mostrándose así en forma elocuente que la felicidad, propia del estado de progreso integral, no es don gratuito de los dioses, sino que puede y debe ser conquistada mediante el penoso esfuerzo del hombre.

Y bien, cumple ahora á la Sociología, apoyada en los datos que acabo de hacer desfilas sumarisadamente, proclamar la existencia de esta ley de lucha por el progreso, acusada en la tendencia humana á realizar, por voluntad y por esfuerzo propio, una vida más alta y más completa, en duración, plenitud y felicidad. Esta ley, por otra parte, no importa sino la generalización de las fórmulas de Darwin y de Von Yhering, los que sólo estudiaron y explicaron lados limitados de la vida: la vida orgánica, el biólogo inglés, la vida jurídica el jurisconsulto germánico. La *lucha por la vida*, del primero, contempla, así, sólo un aspecto de la vida humana, el biológico, y, en sus términos estrictos, es inaplicable al hombre psicológico y social; *la lucha por el derecho*, del segundo, reviste ya cierto carácter sociológico, al referirse á una actividad psico-social del hombre, la jurídica, y al establecer que el progreso, en este orden de hechos, es debido al combate, que el derecho se gana á punta de lanza, se conquista. Pero la fórmula de Yhering, sociológicamente considerada, es fragmentaria, y, mal grado el carácter de generalidad social que reviste la regla jurídica, — por lo cual se ha dicho, con alguna razón, que «el derecho es la vida» — ella mutila la compleja actividad humana, orientada como sabemos, en múltiples direcciones, — belleza, verdad, bondad, — no obstante que todas concurren á un mismo polo: el progreso integral, la vida completa.

No; no sólo el derecho, sino todos los bienes de que el hombre disfruta, necesitan ser obtenidos por conquista. La robustez y la salud corporal; la cultura artística y científica; la tranquilidad interior, resultado de una limpia conciencia; el goce pacífico de los elementos naturales, disputado sin descanso á los seres nocivos; la seguridad personal, contra las fuerzas ciegas y destructoras de la naturaleza; el dominio de las mismas: todo es el precio de una victoria del hombre. Corresponde, entonces, á la

sociología, que examina las actividades sociales en conjunto, que estudia á la sociedad como un todo, unificar estas vistas parciales y rectificar las bellas pero incompletas concepciones de Darwin y de Von Yhering, dando entrada en la ciencia á la gran ley sociológica de LA LUCHA POR EL PROGRESO.

XVIII

La fé en el progreso

No es razonable suponer que la ley de lucha por el progreso deje de cumplirse en lo futuro y que el hombre del porvenir, abdicando su dignidad psicológica, pierda la voluntad de perfeccionarse, cuando hasta en el sentimiento despectivo y en la escasa piedad por el salvaje y el semi-bárbaro, á quienes suele imponer el progreso á cañonazos, revela el civilizado el concepto que le merece la vida vivida, por así decirlo, casi animalescamente. No es razonable suponer que su inteligencia se oscurezca de tal modo ó su conciencia moral se atrofie á tal extremo que sus actos sólo se inspiren en el error ó en la maldad. ¿Cómo? La noble criatura que ha logrado, merced á la fuerza de su intelecto aguijoneada por una insaciable sed de mejora, tomar el peso á los astros y conocer su composición; deshacer y rehacer en el laboratorio los cuerpos de la naturaleza; oponer á las fulminadoras estocadas del rayo el florete invencido de Franklin; trocar el vapor en animal doméstico; convertir las ondas sutiles del éter en aladas mensageras de la Idea; centuplicar ¿qué digo? miliplicar el poder de su visión, agigantando lo infinitamente pequeño y trayendo al alcance de su mano lo infinitamente lejano; triunfar del dolor corporal y hacer retroceder en ocasiones á la muerte que avanza á incautarse de una presa asegurada — el ser que ha conseguido todo esto ¿no llegará jamás á curar los males sociales? ¿no encontrará el cauterio que los extirpe, la vacuna que inmunice contra su contagio?

Lo descubierto é inventado hasta el presente es prenda y augurio de lo que se inventará y descubrirá en adelante, máxime si se piensa que recién se conocen los caminos exactos para llegar á la verdad. (El *cri du cœur* del Antiguo: *Felix qui potest rerum cognoscere causas*, mezcla de profesión de fé filosófica y de ambición que anhela satisfacerse, va siendo, poco á poco, realizado por

la ciencia. No desesperemos, pues, del progreso social. Si nadie discute la eficacia de la educación individual ¿cómo dudar de la educación social, de la posibilidad de formar hábitos generales y colectivos que redunden en el mayor bien del mayor número de hombres? Lo que es exacto de la unidad social ¿porqué dejaría de serlo de las unidades asociadas?

No desesperemos del progreso social, malgrado los bamboleos y caídas, los paros y retrocesos, que son lote inevitable del que avanza. Sólo el que permanece inmóvil no se halla expuesto á tropezar. Procuremos, sí, por todos los medios, la reforma interior del individuo, porque conseguida, en gran parte, antes de ahora, la victoria contra el medio exterior, los principales enemigos del progreso social están hoy dentro de casa, en el seno del hombre mismo, y son sus pasiones bastardas, sus vanidades, apetitos, egoísmos, orgullos y concupiscencias. Ni nos atorrece el triste destino de alguna agrupación civilizada, que, por efecto de causas accidentales, después de brillar se desvanece, en cuanto la ley del progreso continuo, como lo muestra la historia, no es cierta respecto de una sociedad cualquiera, dado que todas están sujetas á periclitar ó perecer, sino relativamente al conjunto de las sociedades pasadas, presentes y futuras, con relación á la humanidad. Ya lo presentaba el genio de Pascal cuando afirmaba que «toda la serie de los hombres durante el curso de tantos siglos debe ser considerada como un mismo hombre que subsiste siempre y *aprende* continuamente», intuyendo así la ley del progreso continuo, cuya fórmula exacta: «la humanidad es como un hombre que vive siempre y *progres*a constantemente» sólo podía darla y demostrarla la ciencia social de nuestros días. Ya lo expresaba el poeta, antes que el filósofo, en su magnífica imagen de la antorcha, que cada corredor pasa á manos del que le sigue en el estadio: símbolo de la ciencia que cada generación trasmite á la siguiente: *Et quasi cursores vitai lampada tradunt*. El soberbio símil de Lucrecio es también aplicable á los pueblos, que se han pasado, el uno al otro, la antorcha de la Civilización, cuando los brazos fatigados del que la mantenía en alto se han vuelto incapaces para sostenerla.

ANTONIO DELLEPIANE.

DE "EL ESPEJO DE LA FUENTE"

(Libro próximo á aparecer)

I

«¡El sol, el sol, el sol!» — canta un alegre coro
de niños en el patio de la escuela rural.
¡El sol, único y vario, con sus fimbrias de oro,
en la bella y radiante mañana de cristal!

«El sol, el sol, el sol!» — canta el alegre coro.
¡El sol en todas partes como lluvia de oro!
Oro en el ala, oro en la corola, oro
en la gota de agua y en el grano de arena...

¡En el aire, en el llano, en el monte, en el río,
flota esa cosa vaga, tibia, suave y serena,
que disipa las brumas del pensamiento mío!

II

Sobre la arena de crisoberilo,
frente á la inmensa ánfora del mar,
modelo, pulo, quiebro, hito, burilo
mi antiguo sueño amado y mi eterno cantar.

Del horizonte llégame el sonoro
viento marino. Escucho su canción...
¡Música errante, partitura de oro,
resuenas en mi acústico, vibrante corazón!

Doy á la brisa mi amoroso verso.
 Las cuatro alas sobre el agua irán.
 Y en un amanecer glorioso y terso
 á una lejana playa ignota arribarán.

Mientras mi cuerpo permanezca anclado
 en estéril quietud,
 alma errabunda, navegante alado,
 giróvaga sin anclas, vuela de Norte á Sud.

III

Las agujas tenaces de la lluvia trucidan
 el espacio, se clavan al sesgo en la calzada
 y en los baches parecen insectos luminosos:
 brillan como un diamante fugitivo, y se apagan.

Las gotas se deslizan, suaves, por mis cristales,
 ¡tan suaves como lágrimas por un rostro sereno!
 mas si el viento desinfla sus carrillos, las pobres
 chocan violentamente como pájaros ciegos...

Cesa la lluvia. El agua se extravasa en los caños,
 regurgitando... Oh, música monótona!
 Dispersos goterones en el metal sonoro
 del techo, picotean cual palomas glotonas.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

GIOVANNI PASCOLI (*)

En 1898 me invitaron á dar una conferencia en la ciudad de La Plata. Hacíase entonces gran ruido alrededor de *L'Europa giovane* y de la decadencia de nuestra raza.

Yo que, á decir verdad, concedo que también Italia esté sometida á las variaciones de la suerte, pero sé que es

*le genti a vincer nata
e nella fausta sorte e nella ria,*

tomando como tema estos dos versos, demostré que Italia fué siempre igualmente grande: porque en la fausta suerte venció con las armas, y en la adversa con el comercio y con la industria; en la fausta estableció el imperio de la ley, en la adversa resucitó la literatura, levantó á un grado de perfección desconocida en la misma Grecia, las artes, halló la ciencia y duplicó el mundo; y si alcanzó más tarde que las demás naciones de ella nacidas la unificación, no fué por impotencia, no fué por falta de cordura política, sino porque su destino debía ser como el del sol, obligado á durar más largamente que los planetas en este estado de fluidez incandescente, para mantener en ellos la vida con su luz y su calor.

Haciendo luego un elenco de los grandes italianos muertos en los últimos quince años, yo desafiaba al joven autor de aquella obra á que encontrara otra nación que hubiese nunca dado en sólo tres lustros otros tantos y tan dignos nombres á la historia.

Han pasado otros quince años, y también por estos se puede con seguridad repetir el desafío.

Sabios, á mi modo de ver, no inferiores á Matteucci,

(*) A fin de honrar debidamente la memoria de Giovanni Pascoli, el gran poeta italiano recientemente fallecido, y uno de los más altos líricos de la edad moderna, publicamos la versión al castellano de la conferencia que sobre el ilustre poeta dió el 8 del corriente, bajo los auspicios de la sociedad *Dante Alighieri*, el sabio profesor de nuestra Universidad, don Francisco Capello. Sirva ella de digna introducción á las páginas de Pascoli que más adelante insertamos, como lo teníamos prometido.—
N. DE LA D.

á Lombroso, á Mosso, si bien grandísimos, y á muchos otros de esa talla; pintores comparables con Marchetti, con Delleani, con Fattori, con Jacovacci, etc., etc.; ó músicos como Usiglio, Cagnoni y Martucci; filósofos á la altura de Franchi, de Brofferio, de Bovio, etc., etc.; filólogos no menos doctos que Garizio, Ramorino, Canna, Giussani, etc.; escritores, para citar los primeros que me vienen á la mente, tales como De Amicis, Tosti, Barrili, Fogazzaro, Bertolini, Mantegazza, ó poetas del valor de la Brunamonti, de la Aganoor, de Giacosa, de Rovetta, de Cavallotti, de Severino Ferrari, de Rapisardi, de Panzacchi, etc., aunque no tan fácilmente, sin embargo estoy persuadido de que los hallaríamos también en los elencos de las demás naciones; pero muy difícil sería en cambio, me parece, encontrar fuera de Italia en un prosador la perfección de Vito Fornari, en poetas latinos la elocuencia de un Viotrioli ó la fuerza de un Grosso; encontrar un tan consumado maestro como Gandino; matemáticos geniales como Beltrami, Brioschi, Cremona; un químico que equivalga á Cannizzaro, ó dos físicos como Galileo Ferraris y Pacinotti; hallar en fin á un Morelli, á un Sacconi, á un Verdi, á un Schiapparelli, á un Carducci. A la lista debemos agregar ahora el nombre de Giovanni Pascoli.

Invitado á hablar de él, debía eximirme de aceptar la invitación: sin embargo no podía responder con una descortesía á la gentileza de personas dignísimas.

Acepté, pero pensando que en fin de cuentas la importancia de la conmemoración no dependería de lo que yo pudiera aquí venir á decir, sino de las personas que á ella asistirían.

Una fecha estuvo siempre fija, durante toda la vida, en el pensamiento de Pascoli, la del 19 de Agosto de 1867.

Era de noche, la noche de las lágrimas de San Lorenzo.

Su padre volvía á casa cabalgando solo por la calle desierta; traía en el bolsillo una muñeca para la más pequeña de sus hijas, ó imaginándose su sorpresa y su regocijo, sonreía de ternura. De pronto, improvisamente asaltado, cayó, herido de una bala en la frente: el cadáver fué recogido por la mañana en un charco de sangre y depositado en el cementerio de San Mauro. La yegua había vuelto sola para dar á la esposa el presentimiento de la horrible noticia que estaba por recibir. La pobre mujer

adivinó inmediatamente de cual mano había salido el tiro; parece que se trataba de un rico y poderoso señor, y por eso, acaso, la policía, sabiéndolo, desistió de sus pesquisas.

Pascoli tenía entonces unos doce años, y se encontraba en el colegio de los Escolopios de Urbino, en compañía de tres hermanos, el mayor de los cuales, Santiago, estaba ya en el Liceo: recién habían terminado los exámenes, y ese día aguardaban que su padre viniese á buscarlos y á llevárselos á casa para las vacaciones.

Las desgracias nunca llegan solas. Poco después murió una hermana de Pascoli, murió de congoja la madre, murieron dos hermanos, Luis y Santiago, Santiago que había de padre á los huérfanos:

*così singhiozza Giacomo, e poi gemè:
quando sola restò la nidiata
Iddio lo sa come vi crebbi insieme,
se con più legge l'umili vivande
tra voi divisi, e destinai de'pani
il più piccolo, a me che era il più grande.*

De nueve que eran no quedaban más que cuatro, cuatro niños sin casa, sin medios de subsistencia, sin protección.

Mientras tanto aquel espectáculo sangriento, tal cual lo había reconstruido en su mente, no se apartaba un solo instante de la vista de Pascoli, que, llevando siempre en los oídos el adiós de la madre y de los hermanos, creció entre penurias y privaciones de toda suerte, sufriendo más aún por sus hermanas que por sí mismo; y cuando podría pensarse que su estado debía inspirar compasión, los vecinos en cambio lo contemplaban, contemplaban aquellos cuatro huérfanos, saboreando sus padecimientos con feroz complacencia — cosa que no se creería posible si el mismo Pascoli no la afirmara —; y es también por él que sabemos que un día, no pudiendo ya tolerar los tormentos del hambre, estuvo en un tris de acabar de una vez y de arrojarse á un río!

¿Y el matador del padre? ¿La causa de tantos males? ¿El asesino? ¡Oh! el asesino (puesto que Pascoli sabía con certeza quien era) se paseaba delante de él con el aire provocativo de un triunfador! Más de una vez Pascoli estuvo por perder la paciencia y hacerse justicia por sí mismo. Pero la ley le contuvo la mano, aquella misma ley que condena el crimen y que entonces habría debido, pero no osaba, castigarlo! ¿Qué maravilla que la sociedad aca-

bara por parecerle una jaula de hierro, donde, para usar sus palabras, hallándose las fieras apretadas, son todavía más feroces, «y encuentran que los vecinos están más cerca para ejercitar sobre ellos las garras y los colmillos, y los encuentran más embarazados para defenderse y menos prudentes para precaverse?»

¡Feliz aquel que puede arrojar la primera piedra y no ha tenido ocasión de desear él también despedazar la jaula y desparramar sus trozos! Pascoli se inscribió en la Internacional, una mezcla explosiva de socialismo y de anarquía, que luego se separaron y distinguieron. Y héte entonces la vigilancia de la policía, las persecuciones, la cárcel, en donde por segunda vez se sintió tentado á suicidarse:

*E... agli uomini la mia vita
volevo lasciargliela lì...*

Esta vez también lo salvó el pensamiento de sus hermanas, y la voz de la madre que en los momentos críticos le parecía que lo llamaba por su nombre:

*Oh! la vita mia che ti diedi
per loro lasciarla vuoi qui?
quí, mio figlio, dove non vedi
chi uccise tuo padre, Gianni?*

Es decir: ¿dejar la vida aquí en la cárcel donde debiera estar, pero aun no ves encerrado, el malador de tu padre? ¡La venganza del padre, la furia de Hamlet! ¡Pobre Pascoli!

Ciertamente, también después, durante toda la vida, ni yo quiero ocultarlo, Pascoli se mantuvo fiel á las aspiraciones del socialismo. Todavía en el 97, en una poesía á Teodoro Moneta, concluía diciendo que la paz sólo será dada á los hombres por el triunfo del socialismo; cuando el 1.º de Mayo sea la Pascua, la fiesta del tránsito de todo el género humano:

*Ché porranno quel di sugli alti piani
le tende, e nel comune attendamento
l'arte ognun ciberá dalle sue mani.*

Allí, sobre las altiplanicies, mientras se rompe y distribuye el nuevo pan ázimo, reunidos aparte

*parlano i vecchi di non so che schiavi
di altri e di sé; ma sembrano parole
sepolte, dei lontani avi degli avi.*

Es decir, los viejos hablan de nuestros tiempos, de los actuales órdenes sociales, de los cuales ellos en su juventud fueron testigos; pero á los jóvenes, esas cosas, si bien no estén lejos de ellas más que de una generación, les parecen ya perderse en la noche de los tiempos.

Pero, no obstante su modo siempre igual de pensar sobre la mejor forma social, ¡qué cambio, qué transformación, qué diversidad entre el Pascoli de la juventud y el de la edad madura! ¡Entre el internacionalista y el profesor!

Ya en él no es odio la reacción contra las llamadas injusticias sociales. Ahora el asesino de su padre sólo es á sus ojos un desgraciado, un infeliz digno de compasión: ya ni á desear siquiera su castigo se atreve! Todavía hay males en el mundo, y muchos, pero la sociedad no es más su única causa; la culpa también es nuestra, antes bien, sobre todo nuestra, puesto que, al fin y al cabo, dice, para vivir discretamente en este mundo basta un poco de discreción. El mismo dolor es providencial, es un consejo benévolo de la Naturaleza, que sabe sacar el bien del mal. Reproduciendo un motivo leopardiano escribe:

«Quisiera que pensárais como yo, que el misterio de la vida es grande, y que lo mejor que podemos hacer es vivir lo más posible los unos juntos á los otros, como que á todos acongoja y asusta el mismo misterio.»

El es ahora el poeta del amor á la familia, del amor á la patria, del amor á todo el género humano, y fuera de éste, á los animales, al asno, al buey, á los gorriones, cuyo lenguaje pretende entender, del amor á las plantas, á los arbustos, á los ríos, á las piedras: todas las cosas le son hermanos y hermanas: su canto se diría el de las «Laudes creaturarum» del pobrecito de Asís: «hermano, lobo, hermana luna, hermana muerte corporal!» ¡Y cómo Pascoli en el canto se ha vuelto semejante á Francisco en la inocencia de los gustos y de los sentimientos! Sus gustos ahora son idílicos: ¡el olor del espliego en la ropa blanca, la siembra, la cosecha, deschalar el maíz! Cada ocho días la casa está de fiesta: es el día que se hace el pan, el día en que Pascoli cumple, como él dice, un deber, un santo deber; vuelve sus mangas y ayuda á su hermana á preparar la masa. El tiene ahora un nido, en Barga, en el valle del Serchio, en tierra de Luca. Enfrente vé las Panie agudas, las montañas de la miel, el Himeto toscano. Posee un fusil, si bien cuando va á cazar le falte el alma para descargarlo contra los pájaros que se le ponen á tiro, y lo deje caer á su primer gorjeo!

Todo eso recuerda el alejamiento famoso de otro socialista, de Tolstoi, pero sin aquella fastuosa apariencia de pobreza, con que circundaba el conde ruso su barbuda decrepitud. ¿Acaso no sería otra cosa el socialismo, en substancia, que una aspiración arcádica? Es la simplificación de todos los problemas, es su reducción al del pan: arrancada la molesta espina del pensamiento del mañana, no queda más que el amor, es decir, el anhelo de ver resuelto el problema también para los demás.

¡Y á fe que el problema tiene la importancia que le da Pascoli! La sola cosa de la cual él se alaba es de haberlo resuelto para sí y para sus hermanas.

Sabe, le grita á la madre muerta:

*Sappi — e forse lo sui nel camposanto,
la bimba delle lunghe anella d'oro,
e l'altra, che fu l'ultimo tuo pianto,
sappi che io le ruccoli e ch'io le adoro.
Per lor ripresi il mio coraggio affranto:
e mi detersi l'anima per loro:
hanno un tetto, hanno un nido ora, mi vanto,
e l'amor mio le nutre e il mio lavoro.
Non son felici, sappi, ma serene....*

Virgilio, el modelo latino de Pascoli, se habría avergonzado de pronunciar la palabra pan: Pascoli pone en boca de su padre, en los breves momentos que le concede entre la herida y la muerte, esta plegaria:

*.....perdonu all'uomo,
che sia felice, fagli le vie piane:
dagli oro e nome; dagli anche bollio,
tutto! ma che i figli miei mangino il pane!*

«El pan: suprema lex». No discuto y no entablo polémicas; expongo y digo que, como el gladiador debía morir con gracia, y disimular los espasmos bajo la sonrisa, así también el poeta no tenía que hablar de hambre, salvo que en broma, bien que para él el hambre no fuera ciertamente una broma.

Este refinamiento de crueldad comienza para los poetas desde Homero, cuya hambre se adivina solamente por

el apetito que presta á sus héroes. Son excepciones los versos de Dante:

*come sa di sale
lo pane altrui*

y el grito de Parini:

La mia povera madre non ha pane.

Pascoli al contrario confiesa

*che mangiava solo nel sogno
svegliandosi al primo boccone.*

Su transformación fué obra, indirectamente de la comodidad, y directamente de la vida de estudio y del arte. La sociedad por lo demás no fué toda mala con él. El escribe y yo copio: «Esos cantos digan á la memoria del príncipe Alejandro Torlonia y de su piadosísima hija Ana María, quienes nos ayudaron en nuestra huérfana niñez, y honraron con una hermosa lápida á mi pobre padre, digan á estas buenas memorias. . . todo mi amor.»

El pudo continuar y concluir los estudios, laurearse y recoger el nombre de su padre y levantarlo: el mérito es suyo, ciertamente, pues que la sociedad en vano ofrece á muchos otros el medio de hacer otro tanto; pero no es todo suyo. ¡Cuanta bondad en esta tan acusada sociedad, en Italia sobre todo! ¡Cuántos legados, cuántas pensiones!

La cátedra (fué profesor en Liorna, en Mesina, en Bolonia) le dió aquella serena tranquilidad, aquel *otium*, que son indispensables para estudiar, y que otrora era menester mendigar y esperar de las cortes, ó procurarse al precio de la libertad, entrando en los conventos ó vistiendo el hábito eclesiástico. La cátedra suple ahora en Italia la generosidad ó mezquindad de los Meceñas, las abadías, los beneficios, las encomiendas; es una gran ventaja para el saber, al que emancipa de los intereses de casta; y puesto que, por desgracia, los ricos no quieren oír hablar ni de arte, ni de ciencia, é invitados al real banquete, rechazan la invitación, la cátedra hace entrar y sentarse á la mesa á los desheredados.

La enseñanza en Italia no da más que lo puramente necesario; de setenta pesos mensuales se llega á los envidiados estipendios de 240 pesos, que sólo tocan á los profesores de la talla de Ascoli ó de Carducci: eso no es malo, y, para quien únicamente busca en la enseñanza un

medio de estudiar, como Pascoli, basta. Y de su intensa aplicación, fueron documentos insignes el tan completo conocimiento del latín y la erudición que se admiran en las hermosas antologías latinas, *Epos* y *Lyra*, en los escritos alrededor de Dante, *Minerva oscura* y *Sotto il velame*, en los *Poemi conviviali* y en *Le canzoni del Re-Enzio*, erudición vasta, varia y profunda, no en aquéllo que saben solamente los doctos, sino en aquéllo que ignoran también los doctísimos; erudición italiana, acompañada siempre de la intuición de lo real y del hábito del arte que integra el escombros ó el documento y reconstruye el monumento ó el hecho, y es por tanto ella misma poesía; de donde son posibles los Monti, los Leopardi, los Carducci: la erudición alemana no es otra cosa que un esfuerzo por sustituir el sueño á la realidad.

Por el fundamento que su arte tenía en tan segura doctrina, Pascoli fué primero llamado á enseñar gramática latina en la Universidad de Bolonia, luego designado para sucederle por Carducci, quien también en el lecho de muerte se preocupaba con la restauración de los estudios. ¡Qué satisfacción para Pascoli! Era ésta la última prueba de afecto que daba Carducci á sus discípulos. Elías ascendía en el carro del sol y dejaba su capa y su espíritu á Eliseo.

La conmemoración que Pascoli hizo de Carducci será registrada en los anales de la Universidad: puede decirse que aquel día el poeta tenía por auditorio á todos los italianos; todos estaban á la espera de lo que diría, y Pascoli estuvo muy por encima de tanta expectativa. ¡Y pensar que después de sólo cinco años!... Pero no: Pascoli no debe ser lamentado, porque no obstante sus desgracias, sus dolores, sus penurias y sus trabajos, fué uno de los pocos que en la vida conocieron la felicidad: era *poeta*, poeta verdadero.

El trabajo siempre es noble, bajo todas las formas; pero eso no quita que yo compadezca al campesino obligado á esperar de la clemencia del agua y de la discreción de las langostas, el fruto de su labor, y á comprar con él el derecho de trabajar; que compadezca al obrero por el círculo en que está encerrado, de fatigarse para vivir y de vivir para fatigarse; que compadezca al erudito condenado á amontonar escombros para quedar sepultado bajo los mismos; que compadezca al sabio, obligado á dirigir el arco en todas direcciones, aguardando que la casualidad ponga la presa bajo sus tiros; pero ¡el poeta! el trabajo del

verdadero poeta yo lo envidio: es fatiga, pero conjuntamente es expansión, elaboración, purificación; es trabajo, pero conjuntamente es placer. El salario, el premio, también el poeta lo recibiría de los demás, si fuera, como creen algunos, la gloria; pero la gloria son las moscas que después del festín, cuando todo se ha consumido en el alma del poeta, bajan sobre las mesas ya levantadas; lo que queda del poeta, la obra, es una bella cosa, antes bellísima; pero en realidad no es sino una escoria porosa que muestra la efervescencia, la expansión del espíritu del poeta: en cambio, el placer de esa efervescencia, de esa expansión, fué todo de él, mientras que para nosotros sólo huellas han quedado, trazas argentadas é irisadas, sobre las palabras y sobre el verso.

Es por eso que yo no lloro la suerte del poeta, ni siquiera cuando canta sus dolores; no deploro ni la prisión del Tasso ni las enfermedades de Leopardi, y en cuanto á Dante y á su destierro, más bien digo con Miguel Angel:

*L'oss'io per lui! che a tal fortunato
per l'aspro esilio suo con la virtude
darei del mondo il più felice stato.*

«Ars severa, gaudium magnum», decía el divino Beethoven, ebrio de ese goce. «Ars severa», es decir, que absorbe toda la actividad y la energía y nada le deja ver á uno fuera de ella; y yo agregaría: «ars vera», pues, aunque sé que el arte si no es verdadero no es arte, sé también que hay fantasmas que parecen y no son el arte, simulacros como los de los héroes que en el campo griego desorientaban á quienes los perseguían; y que aquél que por desgracia se deja seducir por uno de éstos, luego no encuentra en el arte placer ninguno y acaba por persuadirse de que también el arte es creído cosa real y no es más que un nombre. . . . Mas, de que de los doce escudos de Numa, once fueran falsos á fin de despistar á los ladrones, no se sigue que uno no hubiese caído verdaderamente del cielo.

El arte verdadero y severo puede suplir para uno cualquier cosa, y así se comprende que sea posible encontrar á quien como Beethoven, ó Miguel Angel ó Leonardo se hiciera cuñado por amor de aquél, para emplear una expresión del Evangelio; y, como dice Platón — un eunuco por amor á la sabiduría — tenga levantada el alma sobre el torrente de la generación, que todo lo arrastra. Y no que

el arte deba de hacer siempre este efecto, antes, sería de desear que nunca lo hiciese; pero yo digo que se comprende como pueda hacerlo, y que, cuando alguien, como Pascoli, es obligado por ciertas razones, á vivir sólo á medias, pueda el arte hacer que no sienta lo que de sí mismo le falta, pueda suplirlo todo para él, hasta el amor.

Pero para alcanzar la perfección y tocar la última meta, no basta el esfuerzo individual: el arte límite, la pintura de Rafael por ejemplo, siempre es el resultado de una coordinación de los esfuerzos de muchos; en la serie de los maestros inmediatos ó mediatos de Rafael hallamos representadas á todas las escuelas de Italia, y en un punto semejante de confluencia de todas las escuelas italianas y germánicas, se encuentran Beethoven. Tampoco en arte se llega á señalar un término sin aprovecharse de todos los hallazgos de los demás. Por ello van siempre divididas las dos alabanzas, la de la originalidad y la de la perfección, y sólo por ilusión se nos aparecen unidas alguna vez: diríanse unidas en Homero, porque se nos mantienen ocultos sus predecesores; unidas en Dante, porque no se tiene en cuenta á Santo Tomás y á los restantes elaboradores de ideas y concentradores de impulsos que le precedieron. La alabanza por la perfección toca al último, la por la originalidad á los primeros: los que están en medio participan más ó menos de entrambas, según que se acerquen más ó menos á los dos extremos. Pero en tiempos como los nuestros, en los cuales con ó sin razón se exige por primera cosa á un artista que sea original, y á esta condición se le perdona todo, aun la rareza, aun la extravagancia, las escuelas, que son el natural proceso del arte, no pueden más formarse. La manera de Pascoli es original, así en el verso como en la prosa; pero, hasta donde haya conseguido llevarla cerca de la perfección, es rebusca que no me atrevo á emprender ahora. Me basta que el arte le haya consolado y embellecido la vida, y que le haya purificado el espíritu, hasta el punto de llevarlo á ver á Dios: «felicis los limpios de corazón, porque verán á Dios».

Y ver á Dios quiere decir que la naturaleza apagada, muerta, grave, se anima, se ilumina, se vuelve toda transparente de alegría! De cualquier cosa entonces, hasta de las más humildes, del murmurar de una abeja, del vuelo de un gorrión, del temblor de una gota que está por caer, del hilo de hierba doblado por el peso del insecto que lo mide caminando, de cualquier cosa, en fin, se desprenden, surgen relámpagos que hacen estremecer de júbilo. Y es así

que uno puede escribir: «¿Qué voz es ésta que nunca acaba, como de un tren que no llega nunca? Es el río; es el Serchio: di, María, dulce hermana; ¿hubo un tiempo en que no oíamos esa voz? Oh! sí; bellas *Panie* agudas y cortantes, bello río sonoro, queridos vencejos atareados, queridas *canipaiole*, queridos reyezuelos, querido campanario...» y así todo Pascoli.

Pascoli era ante todo poeta latino. Después que el pensamiento ha manejado durante muchos años aquellas armas espléndidas, y también se ha vestido con ellas, como Héctor con los despojos de Aquiles; llega ¡oh! ciertamente llega para quien no se cansa, el momento en que Júpiter hace su seña: «con las negras cejas asintió el hijo de Saturno, y entonces la armadura se conformó y adaptó al cuerpo de Héctor, y un furor de guerra lo invadió, espantoso, horrible, y dentro de aquella todos los miembros llenáronsele de gallardía y de fuerza».

Llega el instante en que el pensamiento no se siente más empachado en la grande y magnífica palabra; en que ésta se le adhiere con un contacto del cual emana una dulzura...

che intendere non può chi non la prova.

Los profanos miran, no sabiendo si reír ó compadecer, y cuando son amigos, tratan de disculpar y excusar! Es lo que tocó á Pascoli.

Pero todas las perfecciones, si bien adquiridas al precio de trabajos que cualquiera es dueño de imponerse, parecen sin embargo un privilegio odioso, una ofensa á la igualdad! «Virtuosidades inútiles» — hace decir á algunos el despecho. «Oh! si hubiera empleado mejor ese tiempo! El tiempo que es tan precioso! que es dinero, y el dinero, dice Solón, es el hombre!»

Pascoli concurrió quince veces al premio internacional de Amsterdam y quince veces lo ganó. El no quería absolutamente deber nada al argumento; eludía todos los que elevan y arrastran, buscaba los menos susceptibles de desarrollo, los más áridos, los más secos, las ideas más difíciles de expresar aun en prosa italiana: la corriente de su pensamiento tenía necesidad de un mal conductor para transformarse en luz.

En verdad, no siempre; alguna vez, como últimamente, la circunstancia le impuso un tema altísimo: *Roma*; pero observemos por cuales abstrusos laberintos de ideas sutiles se vuelve y revuelve su pensamiento, hasta llegar al

madroño, el arbusto tan caro á Virgilio, en el cual, por sus racimos de flores blancas colgantes cerca de los rojos racimos de los frutos, entre el verde de las hojas, vé una imagen de la bandera italiana. Una rareza; pero para quien no sabe lo que sabe Pascoli.

Este hábito lo muestra Pascoli también en los versos italianos. Parecen claros sólo porque las dificultades han sido vencidas.

Por poco que se reflexione sobre ellos se vé en cambio que los conceptos son, no claros, sino raros, conceptos que á nadie se le ocurren ó, á lo más, que sólo centellean en una confusa intuición, y de igual naturaleza son asimismo sus impresiones, ténues, fugaces, causando maravilla que logre recogerlas y trasmitirlas.

En general, para el verdadero ingenio es una necesidad el resumirse, el cerrarse, el comprimirse: son los ingenios fofos — dice Carducci — los que han menester de desabotonarse, de aflojarse; sin embargo difícilmente se hallará, creo, otro ejemplo de un poeta que guste más que Pascoli de embrollarse, intrincarse y atarse en sutilezas.

Pero tal vez no es tan fácil hacer clara una idea abstrusa como decir cosas comunes sin caer en lo bajo: por esta otra vía el poeta es arrastrado por su genio apenas deja la primera, y, sin embargo, nadie, creo, jamás ha tenido, leyendo á Pascoli, la impresión de lo trivial. Hay además un campo casi intacto de sentimientos, que se trata de conquistar; sentimientos de que carecemos por falta de una base fisiológica; para que la distancia del sol, los 148 millones de kilómetros que calculan los astrónomos fuera sensible, deberíamos tener un ojo en Santiago de Chile y el otro en la pirámide de Mayo: en este campo se arroja Pascoli.

Los ritmos amplios y dilatantes le gustan, con todo, los huye; y apenas forma la onda, la despedaza, la rompe y la desmenuza. ¿Cómo no podría amar el tono alto, la frase togada, siendo él un poeta latino? Con todo, también en latín da de ellos la expectación y luego la desilusión de propósito. Le placen los sonidos llenos, magestuosos; sin embargo llena el verso de gritos, tomándolos prestados hasta de los pájaros, á los cuales luego, en cambio, presta sonidos articulados, como el *Francesco mio* que le parece oír en el gorjeo de un pinzón. Es el suyo todo un retenerse, un contenerse que tiene su razón de ser en parte en el carácter ó temperamento del poeta, debido quizás á las circunstancias de su vida, en parte en la re-

busca de la originalidad, en parte en el escepticismo de estos tiempos que se rien del entusiasmo y consideran indecentes todos los desahogos, en parte en el sentimiento que él tiene de que sus afectos y gustos no podían ser comunes, en parte tal vez también en su socialismo ideal, que lo arrastraba á dar forma diversa y popular á la expresión, mientras que sus aspiraciones clásicas y por tanto épicas lo arrastraban en sentido contrario, en parte además en su esfuerzo por desacostumbrar la frase de sus hábitos clásicos, gran dificultad ésta sobre todo en Italia, donde, aun admitiendo que hayan tertulias de conversación elegantes que den el tono, no son frecuentados, al menos por los estudiosos. Para quien vive en el presente y del presente no existe esta dificultad, pero para quien se ha formado sobre los clásicos cuya ideación ó manera de concebir es enteramente diferente de la nuestra, resulta casi siempre insuperable. Bien sé empero que sin otros auxilios los estudios clásicos deberían llevar por sí solos á dar al pensamiento una forma exacta y que parezca natural en todos los lugares y tiempos; y eso vemos en el 500, y eso en Leopardi, pero en estos casos eran diversas las condiciones.

No quisiera que se creyese que yo presuma censurar á Pascoli: expongo un hecho, me ingenio en indicar sus causas, pero no juzgo, antes bien estoy persuadido de que el juzgarlo á Pascoli es una de las cosas más difíciles, tarea de largos y diligentes análisis é investigaciones.

Tomo al acaso un volumen, lo abro y me detengo sobre los primeros versos que se me presentan á la vista, este terceto:

*Allor che Rosa dalle bianche braccia
apri l'imposta, piccola e lontana
dal cielo la garrí la cappellaccia.*

El epíteto épico: «de los blancos brazos» parece una afectación; y el extraño vocablo *cappellaccia* se diría que Pascoli haya ido á buscarlo para la rima. Y sin embargo, ese epíteto homérico, «de los blancos brazos», hace de Rosa, sin apariencia de quererlo así, la personificación del alba que despunta precisamente entonces: en efecto, así como el alba abre en el cielo la puerta al día, Rosa abre al día la puerta de su habitación. La alondra que por la mañana se levanta en el campo para saludar en el cielo el primer rayo del alba, casi engañada saluda á Rosa, y no la saluda, la reprende (*garrí*): mezcla al saludo un re-

proche, pues ella tiene prisa porque se siembre, y en cambio parece que en casa de Rosa aun no se piensa en ello, y de esta suerte queda significado el asunto del poema: *La siembra*. Pero, del lado de Rosa, ese saludo quiere decir que al abrir ella la ventana, para espiar los presagios del tiempo, corre primero con la vista al cielo, como es natural, y divisa en él antes que nada la alondra, que le parece á la vez un saludo y un augurio. Pruébese ahora alguien á decir todo esto de diversa manera de la de Pascoli, así como quien casi parece

che una cosa dica ed altra intenda!

y ha de ver que es tan fácil censurar á este poeta cuanto es difícil comprenderlo. Además aquellos sonidos aplastados: *braccia, cappellaccia*, causan la ruda impresión de un soplo helado; aquel *piccola e lontana* mas, basta ya

Yo no pienso ahora pasar en revista las obras publicadas de Pascoli: *Miricae*, los *Poemi conviviali*, los *Nuovi Poemetti*, los *Canti di Castelvecchio*, *Le canzoni del Re Enzo*, ó hacer conjeturas sobre las inéditas: los *Poemi della Patria*, de los cuales ya fué anunciada la aparición, y los dramas, es decir, el fin de Mefistófeles y Nerón: ¡no faltaría más! Demasiado he abusado de la paciencia de ustedes. Sólo agregaré que si algo hay que dé testimonio de la alta cultura que todavía se conserva en Italia, me parece ser el éxito logrado por la poesía de Pascoli, de esa poesía que quiere parecer menos que prosa, y que va contra todos los hábitos de la mente y del oído.

Yo creo empero, que á pesar de tal éxito, para que Pascoli sea enteramente sentido se necesita todavía un período de adaptación; y esto que digo de su poesía también debe referirse á su prosa, sobre todo á los discursos que habíase vuelto moda llamarlo á que dijese en las circunstancias solemnes.

Los últimos discursos fueron todos patrióticos. En el último: «la gran proletaria se ha movido», saludaba la partida para Tripoli de nuestras naves, y afortunadamente aún pudo antes de morir, oír vibrar, estremecerse y gritar á Italia entera, á los sucesivos anuncios de siempre más gloriosas victorias! — ¡Oh! lo que nos conmovió no fué el entusiasmo por las tierras reconquistadas, por grande que fuera la necesidad que de ellas teníamos, como indica el título de «Gran proletaria» que Pascoli dá á Italia; lo que nos sacudió fué el que Italia finalmente se moviera y ex-

tendiese la mano. — Y luego hizo desbordar el entusiasmo la visión de que los sucesos, una serie de victorias que hicieron de pronto resplandecer toda aquella larga y oscura costa, revelando mil nuevos nombres desconocidos á la historia, los sucesos, digo, se apresuraban á demostrar que el poder era igual al querer, que al consejo era igual, ó mejor, superior, la fuerza; y que Italia estaba preparada para muy otras empresas: de donde Trieste puede ya aguardar con segura confianza. Con tal que la suerte le hubiese concedido á Pascoli un mes, el habría visto aquellas islas tan caras, tan familiares á su pensamiento, y ahora cual desaparecidas, las habría visto reencenderse aún y resplandecer con nueva luz: Astipalea, refugio de Mimnemo; Rodas, la hija del sol y clara como el sol en los versos de Pindaro: hija del sol, porque fué el sol que fijando su mirada luminosa en el fondo del mar, hizo surgir la isla de las aguas, toda fresca de vegetación. Ahora el prodigio lo repite Italia, sacándola con su mirada del fondo mucho más oscuro y amargo, de la barbarie otomana. Y luego Lemnos, antiguo asiento de los Tirrenos; Imbros, donde Neptuno dejaba los caballos. . . . : ¡el nombre de cada una de estas islas es una fiesta!

¡Pobre Pascoli! Su corazón se despedazó en un impulso generoso de compasión por el mudo dolor que veía pesar sobre el alma de otra bien grande y bien envidiada gloria italiana; y sus últimas palabras fueron para pedir, con el derecho de quien muere, una gracia, que ya debería haber sido concedida, sino á la súplica piadosa, á los méritos del hombre (hablo del doctor Murri), que exceden á toda grandeza.

FRANCISCO CAPELLO.

LA MISA DE ORO (*)

Homnibus bonae voluntatis

Misa! no *mies* (1).

Quien pensó en una mies de oro, recordó que yo soy poeta campesino, y luego dijo: ¿Qué tiene que ver él con la misa?

En verdad, yo recuerdo apenas como es ese rito....

Un sacerdote está en el altar. Se inclina, se arrodilla, cruza las manos y los dedos, levanta los ojos al cielo, se dirige á los presentes, señala y bendice, se golpea el pecho, hojea un libro, medita, suspira, musita..... ¿Con quién habla, así en voz baja, en tono de confidente dolor? Habla, secretamente, con lo invisible. De cuando en cuando se escuchan palabras más claras, humildes y sublimes, tristes y solemnes: *No soy digno!.... Arriba los corazones!.... También á nosotros pecadores!.... Rogad, hermanos!*

Un misterio se cumple con el pan y con el vino, con el primer alimento doméstico del hombre, con la bebida que el hombre, para disolver su dolor primordial, añadió al agua de las fuentes y de los ríos. El pan se vuelve carne, el vino se vuelve sangre. Es la carne de un Dios hecho hombre, que palpita en el sueño sagrado. Es la sangre de un Dios atormentado y muerto, que corre, mezclada con su

(*) Damos á nuestros lectores la traducción del discurso que Pascoli pronunció en Pisa, el 14 de Mayo de 1905, celebrando las bodas de oro con la Iglesia del famoso obispo de Cremona, monseñor Jereñtas Bonomelli. Lo hemos preferido á otras páginas cuyas tal vez más admirables, por tratarse en él en forma original y profunda de una cuestión siempre actual: el conflicto entre la ciencia y la fé; y por ser todo él un documento de alta y fiera humanidad, que refleja fielmente lo que fué el espíritu del poeta. Hay en este discurso abundantes alusiones y referencias á las cosas de Italia, á los próceres de su resurgimiento, Victor Manuel, Garibaldi, Mazzini, y á las tristes contingencias de la guerra de Abisinia y de la política interna de los pasados decenios: ello no obsta á que el discurso pueda ser leído con interés y satisfacción por nuestros lectores, como que el orador sólo parte de esos casos particulares y transitorios, para deducir de ellos su prédica humanitaria, universal y eterna.—*N. de la D*

(1) Hay aquí un juego verbal intraducible, entre las palabras *Messa*, (misa) y *messe* (mies). El título del discurso es: *La Messa d'oro*.

suero, en una mesa que es un patíbulo, en un martirio que es una cena.

He aquí: el hombre se alimenta de Dios! el hombre bebe la eterna vida!

I. — Recuerdo, recuerdo este rito. No solamente porque aquellos secretos coloquios con lo invisible murmuraren todavía en algún rinconcito de mi alma, conservado tal cual era en mi lejanísima niñez: un rinconcito en el cual no entró alguien que cambiaba todo de sitio, porque estaba lleno de recuerdos demasiado dulces, demasiado tristes! No: también después he asistido alguna vez á la misa. Una vez, recuerdo, en 1887....

Hallábame en un país, que yo no sé si hay algún otro que mejor compendie *il bel paese*: entre la montaña y el mar, entre las hayas y los naranjos; en la pequeña Masa pintada. Y se decía una misa por la muerte purpúrea de cuatrocientos jóvenes nuestros, acaecida de pronto en un desierto lejano. Habían caído en montón: habían sido degollados, destrozados, evirados. La gentil sangre latina había sido presa de las hienas.

Desde que Italia se había integrado con Roma, era ése su primer hecho de armas, después de tres lustros de paz inquieta.

Hacia algunos años que habían muerto el Rey y el Dictador. Había muerto quien la bendijera en sus comienzos, esta tercera Italia; quien la suscitara de sus antiguas memorias, se había apagado también él, el misterioso apóstol y profeta, aquí en Pisa.

Italia estaba sola, sola con Roma. Con Dogali comenzaba su nueva historia Romana. Con un auspicio de valor y de gloria, pero con un presagio de sangre y de desventura.

El sacerdote estaba en el altar. Un batallón estaba formado en la iglesia. El pueblo de tanto en tanto corría con los ojos á aquellas filas.... Así eran los de allá. Así, mejor dicho, habían muerto: *alineados*, se decía, *á la voz de mando*. Eran los mismos, más bien; é inmóviles y téticos asistían á su funeral. En medio del templo, solo, sombrío, fiero, el comandante. Y el cura hablaba en secreto con lo invisible.... «Nos han precedido.... dáles un lugar de refrigerio, de luz y de paz.... dáles paz.... dáles paz eterna.... reposen en paz....»

Y he aquí que en un silencio profundo, apenas turbado por un concorde movimientos de armas, he aquí que so-

naron como suspiradas, las palabras: «Acoge, Padre.... esta víctima sin mancha...» Las frentes se inclinaban. Los jóvenes soldados tenían los rostros sobre los fusiles en una actitud de plegaria, casi de añoranza suprema... El sacerdote alzaba al hombre hasta Dios, alzaba en un cáliz la sangre de la víctima al cielo de la gloria.

En medio el comandante (era hosco, aquilino, severo) había bajado la espada. La cruz se alzaba, la espada bajaba.

II. — Aquel comandante era hebreo.

Yo quisiera estar más lejos de la fe en Cristo, que aquel Mayor hebreo, para asistir, con más significación y no menor veneración que los demás, á otra misa, dentro de pocos días, el dos de junio! Y quisiera tener la voz bastante dulce para decir, «Venid también vosotros!», á quienes no tienen fé y no conocen misterios; para decirles: «No querráis usar la sola razón, que no podeis *aislar* de todo lo que constituye nuestra humanidad! Venid conmigo! ¿Quisiérais negaros á ver y gozar el sol que nace ó el sol que muere, porque no creéis que él nazca ó surja, y muera ó caiga, y ántes sabeis con certidumbre que es la tierra que al girar encuentra aquellos rayos y se esconde á aquella luz? Venid á una cosa bella, á una cosa que hace bien al corazón. Esta misa es de oro; sí, como una alba hermosa, más bien como un puro ocaso....»

Y quisiera tener la voz bien alta para hallar, más lejos, entre las ligas de los segadores que se preparan á no segar, á los compañeros, mis compañeros de un tiempo, para decirles: «Venid también vosotros á misa, compañeros, á esta misa!» Y á un movimiento que hicieran de selvático despecho, agregar: «No es ya enemigo vuestro el carpintero de Nazareth, el mártir del Golgotha». Y á su respuesta: «El no; si sus sacerdotes que lo falsean», responder: «Pero aquél que diga esta misa, en cincuenta años de sacerdocio no faltó jamás á los preceptos de Cristo, y siempre desde lo alto repitió fielmente su sermón de la montaña: él levantó siempre el alma sobre todas las bajezas, y siempre extendió las manos sobre todas las desventuras! Esta es la misa de un buen viejo trabajador. Venid!»

Y quisiera tener la voz muy fuerte para hacer surgir en todas partes de Italia todos los que á Italia han consagrado el pensamiento, la acción, la vida, desde los veteranos, si todavía los hay que sobreviven, desolados, hasta los jovencitos, si todavía los hay que renacen, que

leen con tácitos sobresaltos los libros de nuestras batallas, para decir á todos: «Venid á esta misa itálica»; y si titubearan, gritar: «Son admitidas las banderas tricolores! Las trombas de nuestro rescate resonarán en la elevación! Al final, el celebrante bendecirá las coronas de nuestros mártires!»

Y quisiera tener la voz divina, la que descubre las tumbas y hace levantarse á los muertos, para llevar ante los intransigentes é intolerantes que hubieren entre los austeros recusadores de la fé y los fieros luchadores de clase y los recordantes defensores de la patria, el testimonio redivivo del gran muerto de aquel dos de Junio; y decirle á ese muerto: «¿No es él, como tú dijiste de otro, *un verdadero cura de Cristo?* Oh General, esta tu Italia, él la ama también en su miseria, la sigue también en su destierro, la levanta caída, la consuela desesperada: enjuga el sudor y las lágrimas de sus trabajadores errantes, rescata de los talleres infernales á sus desnudos, llagados, famélicos niños vendidos.....»

Y sobrevendría aquél que aquí en Pisa pareció salir del misterio para entrar en la muerte, sobrevendría desde su inmortalidad, para decir: «Hace más de medio siglo, en mi destierro de Londres yo denuncié *la trata de los blancos*, y censuré al clero que podría, si lo quisiera, impedirlo.....»

Y ambos, aquel rostro de león tranquilo, en el que está pintada la acción, y aquel rostro que parece hecho de solo pensamiento, se inclinarían ante el cura que quiso redimir y redimió.

III. — Porque quien celebrará esta misa de oro, después de cincuenta años de santas plegarias y buenas obras, es el buen obispo confesor de Italia, monseñor Jeremías Bonomelli.

Yo me imagino entrar en la iglesia. Y me place figurarme, contra, talvez, la verdad, una iglesia campesina y humilde de aldea; de Nigoline, acaso, su aldea natal, toda perfumada de espliego y de claveles. Allí, pienso, se ha de cumplir el dulce rito aniversario... Pero, en el vestibulo, algunos, huesudos, me parece, y tétricos, que ocultan con sus negras personas el resplandor, allá dentro del altar, me detienen y me preguntan: «¿Qué vienes tú á hacer aquí? ¿Tú crees?... ¿Tú esperas?...»

Yo bajo tristemente los ojos, buscando en el fondo del corazón una respuesta; y luego levanto los ojos y el rostro, é interrogo:

«¿Y vosotros creéis? ¿Y vosotros esperáis? El rápido *sí* que resulta de un vuestro gesto desdeñoso, me llena de confusión. Vosotros en verdad creéis y esperáis todavía menos que yo, si bien presumiendo mucho más. En lugar de las dos luminosas virtudes, vosotros tenéis la ciega soberbia, vosotros que debíerais ser imitadores del Dios que descendió y se humilló. Porque vosotros mostráis no recordar qué virtudes son esa fé y esperanza que os arrogais con tanta sencillez; y es soberbia arrogarse las virtudes, cualesquiera que sean; que, si luego son virtudes difíciles, laboriosas, heroicas, el atribuírselas con un gesto de desdén, es orgullo de Satanás enloquecido. — ¿Si somos héroes? ¿Y cómo! Perfectos, somos; *sicut dñi*; y no sólo sabemos el bien y el mal, sino que, nunca hacemos el mal, y el bien lo hacemos siempre. Y sin fatiga: ¿quién podría, en verdad, ante *tal substancia de cosas esperadas*, preferir los vanos y fugitivos fantasmas de aquí? Para nosotros esta peregrinación de prueba es sin peligros y sin temores; este destierro en el valle de las lágrimas, lo dormimos soñando hallarnos en nuestra patria. Al último, Jesús, el Dios en acto de desvincularse de la humanidad y retomar la divinidad, murmuraba: Pase de mí este cáliz! Nosotros, más seguros y más fuertes y más Dios que él, diremos: Venga el cáliz de la muerte, para que yo beba en él la inmortalidad!—Esto está comprendido en vuestro *sí* que ni siquiera habeis proferido!»

Y ellos responden:

«Para ser cristianos es menester tener aquella fé y aquella esperanza. ¿Las tienes tú?»

Y yo respondo:

«Vosotros no me pedís lo que más importa! En todos, y siempre, vosotros pedís lo que menos importa! Vosotros no comenzais desde el principio! Vosotros no vais á la fuente! Vosotros, de un poco de agua limosa y verdosa que veis relumbrar al sol, deducís que hay un río; y no os preocupa que ella no venga, no, de un puro y perenne manantial, y que engendre los somnolientos miasmas y los estridentes mosquitos mortíferos! Eso es un estancarse del alma; no un vivo y fecundo correr á su mar! El principio, la fuente, la virtud precipua es la caridad, el *agápe*, el amor! Lo dice el apóstol de las gentes, Pablo de Tarso: La fé, la esperanza y la caridad son tres; pero la mayor es la caridad (ad Cor. XIII 13). Haced caso á aquél que decía la verdad *in Christo*, y no mentía, teniendo el testimonio de su conciencia (ad Rom. IX 1). En verdad él

decía con sus aladas palabras: — Si hablo con las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo el *agàpe*, soy bronce que tañe ó címbalo que tintina. Y si tengo la profecía y conozco todos los misterios y toda la ciencia, y si *tengo toda la fé, como para transformar los montes*, pero no tengo el *agàpe*, no soy nada. . . . El *agàpe* (continuaba) todo lo sufre, *todo lo cree, todo lo espera*. . . .

Vosotros debeis, severos guardianes del umbral cristiano, mirar si en mí y en todos hay este divino signo de redención: el amor.

Lo demás está incluido.»

IV. — Ahora yo no sé, en mi imaginación, si han quedado en la puerta aquéllos á quienes pedí entrar, y si han venido detrás de mí aquéllos á quienes invité á asistir al trito. A éstos me dirijo ahora, incierto de si no hablo al viento: al viento que ora trae olor de incienso, de la iglesia, ora perfume de rosas, de las últimas rosas de mayo, del campo. Me dirijo á los hombres de la ciencia:

«En cuantas cosas creemos nosotros en que creen ellos! Nosotros creemos que el hombre es un continuo devenir de algo inferior á algo superior. Ello, tanto en su vida particular, como en su vida total. Considerando al hombre, así en el individuo como en el género, hallamos, al recorrer los breves días ó los inefables milenios, la bestia y la planta. ¿Y ellos? Os diré, con el pensamiento del poeta del cristianismo, del poeta que es, á un tiempo mismo, nuestro poeta y nuestro genio, os diré, brevemente, con su pensamiento, qué es lo que ellos creen. El hombre, de simplemente vegetante, se vuelve animal. Pero él quiere ascender de la animalidad, que tiene de común con las bestias. Se diría un breve camino, éste; pero el hombre, por desdicha, está obligado á menudo á hacer otro más largo y fiero viaje! El debe concebir y reforzar el horror á la bestia que lleva en sí. El desciende en sí mismo, y ve, en el abismo de su conciencia, todas las más inmundas y feroces bestias. Las ve, las combate y las huye, y de esta suerte cobra fuerza para volver á ascender todo lo que descendió: como el agua, que por el ímpetu mismo con que se precipitó á la sima, sube pura y recta hacia el cielo.

Esta es ciertamente filosofía moral, pero cual la sola que puede fluir de vuestras científicas premisas de antropología. Sí: ella nace de vuestro único principio de la propia conservación. El hombre debe conservar su huma-

nidad, que no es un ser, sino un devenir, no un estado, sino un movimiento; un movimiento de continua regresión desde el propio origen, sí, desde el propio origen que el hombre sabe una culpa. . . . culpa involuntaria, cierto, porque yo no he puesto en mí ser el inmóvil é inconsciente vegetar de la selva oscura, mas no por ello deja de estar en mí: ni yo he encerrado en mi naturaleza tantos bestiales ímpetus y rugidos, y no puedo responsabilizar de ellos á mis padres, ni ellos á los suyos; sin que por eso sienta menos estrépito, que llega hasta mí desde los lejanísimos comienzos, porque está en mí: y se compone de todos los gritos, desde el croar del batracio hasta el chillar del piteco, desde el gruñido del puerco hasta el rugido del león y el ululato del lobo. Nosotros huimos. . . . hace milenios que nuestra especie huye para volverse humana, huye de sí para hallarse á sí misma; reconociendo, espontáneamente, la culpa, siempre más culpas, en su naturaleza. ¿Por ventura no creéis en esto, biólogos y antropólogos? ¿Y no es lo mismo que creen los de allá adentro?»

V. — Y ellos talvez han aparecido de nuevo en el vestibulo, y yo continúo hablando entre el olor del incienso y el perfume del sol:

«Una fuerza, una *ananké*, una suave *ananké*, nos conduce. Es la virtud mayor de San Pablo, es la guía de Dante: el Amor. Yo no sé con cual nombre vosotros, hombres de ciencia, podais llamar esta *necesidad* que vosotros, ilustradores de la ley de la evolución, reconocéis. ¿Acaso *diferenciación*? La palabra es áspera y larga. Quisiera, en mi nueva audacia, en mi simplismo filosófico, proponeros una breve y blanda, y terrible: *odio*. Odio á sí mismo, odio á lo que en sí mismo disgusta, no se adapta, no. . . se ama. Es inútil: el odio es la otra faz del amor: no se puede decir odio y no decir amor! Y bien, hombres de la iglesia, yo quiero haceros un parangón. Nuestra alma ó psique es dicha y figurada cual una niña. Representaos ahora á dos niñas que juegan delante de su casa. De repente aparece en el extremo de la calle una bestia, un monstruo. . . . Ambas niñas quedan aterrorizadas; pero una vuelve las espaldas en un ímpetu subitáneo, y huye, vuela con los brazos tendidos, hacia la puerta de su casa; la otra, no, no vuelve las espaldas, pero retrocede con los ojazos asustados, fijos en el monstruo, en la bestia; retrocede, haciendo, como se dice, el paso del diablo, retrocede siempre. . . ¿hacia dónde? hacia la puerta de su casa. La una en el

camino recorrido hacia atrás, no ha visto, no ha podido ver lo que ha visto la otra, en el suyo, hecho volando hacia adelante: no ha visto á su dulce madre, que llamada por los gritos está en la puerta. . . . Pero ¿creéis vosotros que ella, la dulce madre, no abrazará á la una, como abrazará á la otra? Con tal que llegue hasta ella, sí, ¿no es cierto? Y si retrocediese, en cambio, hacia algún precipicio que ella no viera, la mamá hará algún paso, ántes volará hacia su niña que se pierde sin quererlo y sin saberlo! ¿No es verdad, hombres de la iglesia, de quienes el alma huye horrorizada del mal y vuela hacia Dios, no es verdad que también el alma de aquéllos, aunque camine hacia atrás, sin ver lo que vosotros veis, hace el mismo camino y arriba al mismo término, cuando llega á la puerta detrás de la cual por fin se está seguros? ¿Y ello porque es guiada de un sentimiento igual al vuestro, de odio al mal que es lo mismo que amor al bien?

De todos modos, almas que voláis rectas, ó almas que huís hacia atrás, no os queráis mal en el común trayecto del bien, hasta la puerta que á todos ha de esconderos! Ese trayecto es propiamente un vuelo y una fuga, ¡y dura tan poco!

VI. — No os queráis mal; ántes probad que obedecéis al amor, así vosotros, hombres de iglesia, así vosotros, hombres de ciencia, amándoos los unos á los otros. . . .»

Pero los hombres de ciencia interrumpen:

«Propiamente sólo es el amor de sí el que gobierna, así al género humano, como á todo otro género animal. Con este amor de sí, el hombre, como todos los géneros restantes, combate su batalla de vida. . . .»

Y yo digo: ¿El hombre es ahora tal cual era en sus comienzos? Y sin embargo casi tres milenios atrás un poeta griego decía: — Y tú haz caso de la *dice* y olvida por completo la *bie*, que es ésta la ley ordenada á los hombres por el creador. En cambio es ley para los peces, las fieras y las aves volantes, el comerse los unos á los otros, porque en ellos no hay *dice*. *Dice* es lo que señala un camino que no es el de la *bie*, ó sea, de la violencia; del empuje vital, diría. No, decís vosotros, el hombre siempre hace caso de la *bie*: *vis est vita*, como decía otro poeta que, como romano, debía entenderse de fuerza. Pero atended! es cuestión de palabras. Si por fuerza, si por fortaleza, si por energía, si por heroísmo, si por imperialismo, en los individuos y en los pueblos, entendéis seguir los impulsos de la naturaleza, muy mal

empleais las palabras: las empleais al revés. Examinaos un instante, á vosotros mismos: si se va con la corriente, se puede levantar los remos; si contra ella es necesario hacer fuerza!

Fortaleza es el silencio, no el grito, la renuncia, no el asalto, el sacrificio, no el delito! Un hombre ó un pueblo es fuerte en cuanto, no ya domina, sino se domina, en cuanto odia, no ya ama, el exclusivo interés! Cuando, por ejemplo, vosotros, jóvenes ardientes, alzáis el águila imperial, y desde la tribuna pronuncias las arengas cesáreas, debéis considerar que el imperialismo que admiráis y aconsejáis, ó es durable y entonces es obra de supremo altruismo, ó es egoista anhelo de dominación, y entonces es efímero. Vosotros quisiérais, sin duda, no los imperios de Atila y de Tamerlán, sino el del buen Augusto. Y bien, el de Roma, el imperio de los imperios, no fué otra cosa que la dedición de Roma. á los pueblos conquistados, no fué más que el don que hizo de sí misma la Urbe al Orbe. Apenas durante un tercio de su historia estuvo el imperio en manos de emperadores, no digo romanos, sino itálicos. ¿Y hoy? Mas no hablemos de hoy! Surge el mañana terrible, que barrerá la juventud de la tierra, con la dinamita, la plancastita, la lydita!

Se asoma á nuestros tiempos la horrenda batalla universal, que será la catástrofe de lo que se llama el materialismo, y podría llamarse el bestialismo, histórico. Porque sí; en nuestros tiempos han acontecido y acontecen muchos hechos que se prestan admirablemente para formular la teoría del único ó prevaleciente interés como móvil de la historia humana. Pero los nuestros son tiempos de excepción.

Los pueblos son ahora como aquellos viajeros que hallaron el tesoro.

Juntos hacían su camino, tolerándose, sino amándose, dispuestos á hacer cosa común de su alimento, dispuestos á defenderse de los comunes peligros, también sosteniéndose en los senderos escabrosos, y razonando y confortándose y consolándose.

Pero hallaron el tesoro, y el uno meditó la muerte del otro.»

VII. — Viajeros del humano destino, clases, pueblos, ¡qué lamentable tesoro el que os descubrieron Colón y Livingstone, el que os hallaron Watt y Volta, qué lamentable tesoro si hace disminuir y desvanecerse el amor que ya nacía y crecía en vosotros, en vuestro camino tan

fatigoso! El pueblo que precede, quiere rechazar al pueblo que sigue, y éste quiere rechazar á aquél. Y todo pueblo tiene clases que se han lanzado adelante y clases que rumberean á las espaldas de las primeras. Y todos, así los pueblos, así las clases, parecen preferir la guerra y la lucha, á gozar del tesoro de la paz, en paz. Y hasta las mismas clases de los pueblos que más lejos están del tesoro, que apenas lo entrevén en la lejanía del porvenir, riñen ferozmente entre sí para disputarse lo que todavía no les pertenece, lo que no se sabe si les pertenecerá jamás. Y riñen más ferozmente que los otros, poniendo así todavía más en duda la suerte de llegar á aquel fin! ¡Guerra y lucha! Como si cada cual juzgando de sí mismo, creyera desaparecido del corazón del otro todo sentimiento que no sea el del más lobero egoísmo. ¡Lucha! Para tener justicia, es menester arrojar la libertad: no hay otra vía! Hagamos como el miserable que trata en invierno de hacerse poner preso para comer pan! Encerrémosnos todos en la cárcel para tener cada cual, la justa parte de este gran tesoro! ¡Y guerra! Para proteger con millares y millares de cadáveres que manan en silencio su sangre juvenil, para sepultar debajo de su muerte este gran tesoro de civilización, que nunca más será de ellos... ni nuestro!

VIII. — Así es. Pero no debe ser, no puede continuar siendo, si es cierto lo que es cierto, que el hombre es el animal cuyo carácter diferencial de los demás, es el sublime y único, de desobedecer, heroicamente rebelde, á la ley de la lucha por la existencia. La cual silenciosa rebelión, digna de un titán mayor que el antiguo, porque éste rompe por sí mismo las cadenas que lo sujetan á su Cáucaso, parece ahora interrumpida por la furia clamorosa de la bestia que corre — enérgicamente — á su pasto. Sí. Gracias á los descubrimientos geográficos y especialmente gracias á las aplicaciones de las fuerzas del vapor y de la electricidad, el hombre se encuentra ahora como nuevo en un mundo nuevo. Ha recommenzado en cierta guisa su evolución. El egoísmo atávico ha resurgido. El bruto primordial se ha despertado ¡oh! no en las cavernas y en las forestas, sino en las espléndidas Babilonias; y ha encontrado bajo su mano ¡oh! no ya las flechas y las hachas de sílex! El mono troglodita de entonces ahora sabe manejar el rayo.

IX. — Allá adentro el bueno y cándido viejo, llegado al término de su vida, alza una hostia pura. Es un rito antiquísimo, más que milenario; de otros tiempos! Sí, de

otros tiempos, en los cuales la ciencia era muy niña y el rayo no había sido, en verdad, domado. Y sin embargo... Sin embargo ese viejo que alza la hostia, durante más de setenta años se ha alzado á sí mismo, ha elevado su humanidad por ese espacio de cielo que los milenios y los milenios hicieron superar á nuestra alma, se ha afinado y purificado de suerte que ya no ve ni piensa la selva oscura y la bestia salvaje originaria, y siente, muy en alto, lo que nosotros todavía no sentimos y tal vez nunca sentiremos... ¡Pero dejadnos entrar, pues, hostiarios del templo! Sacúdete de tu éxtasis, sacerdote de lo Alto, y vuélvete para decir las palabras de los ángeles, con que ellos abrieron la Era de Cristo, y que éstos del vestibulo olvidan: *¡Paz para los hombres de buena voluntad!* Entre cada cual con la fe que puede, con la esperanza que debe, con tal que haya en él el amor; y en cualquiera hay el amor, si es hombre, porque el hombre quiere ser hombre, por más que la bestia que hay en él, quiera ella también continuar bestia!

X. — Entrad, pues, hombres de buena voluntad. ¿Por qué no? Sus plegarias nos harán bien. ¿Por qué no? Cualquier gesto, cualquier grito que hacemos, se propaga por doquier, comunica un movimiento por imperceptible é inconcebible que sea, á las estrellas más lejanas, hace oscilar el universo: ¿ha de ser vano entonces el prorrumpir de tan imperiosa voluntad de bien de un alma tan pura? ¡Oh! ruega, ruega, santo obispo! Tú lees en el Evangelio de tu día aniversario: — *oiréis batallas y revoluciones... es menester que acaezcan... las razas surgirán contra las razas, y los reinos contra los reinos...* — Ruega por nuestra Patria...

XI. — Nuestra patria no es feliz, padre! Ella es estrecha y pobre para sus hijos; y buscó, al par que las otras naciones, pero demasiado tarde, otras tierras en donde crear nuevas Italias. Y halló el desierto y halló Dogali y Abba Gaima. Halló la derrota donde había soñado el imperio, halló la matanza de sus jóvenes héroes donde había diseñado las chozas de sus industriosos colonos. Y nosotros maldecimos y blasfemamos de ésto y de aquéllo, cargándolo de todos los pecados, sin lograr ya formarnos la idea y ver el fantasma de la santa Italia nuestra que creía obrar bien al hacer lo que hizo por sus hijos, ¡cuando los supo exterminados en montón, tan lejos de ella! Y sus hijos emigran á centenares de millares cada año, en torrentes de vidas; y estos torrentes van á perder el nombre, el nom-

bre de Italia, en el mar de nacionalidades diversas. Cada año crecen las demás naciones, cada año disminuye la nuestra, como que son tantos los que parten para no volver más: para no volver más donde no hay pan para ellos, y no hubo escuela que les sellara en el alma la nacionalidad... A propósito, no hables, oh buen obispo, de *enemigos de la patria*... Estas palabras, entre las tantas tuyas tan dulces y tan piadosas, me hirieron. Se trata, buen obispo, de una familia en que las cosas no marchan bien. Han habido desventuras, han habido desastres, no abunda el alimento, no siempre hay la luz. Y bien, por una nada estallan disensiones y riñas. Cada cual tiene en el corazón un agudo dolor, y lo arroja contra quien tiene más cerca, y más cerca tiene el hermano, más cerca tiene la madre. ¿Cuales enemigos? Que las cosas vayan algo mejor y se sonreirán. Que vayan algo peor y se abrazarán.

XII. — Se abrazarán en el gran día, antes de marchar á la muerte, para defender á la madre querida, tan noble cuanto pobre. Y tú, habla en secreto al Invisible de aquel gran día, si ha de despuntar, en el cual deberemos, defendiendo lo que ya es nuestro, repetir lo que todavía no es nuestro. En secreto, oh piadoso, deprecando y rogando, bramando y llorando... Mas, di fuerte al pueblo: *Sursum corda!*

Preparemos estos corazones amargados! Que no se arañen ahora los destinados á morir juntos! Oyeme, más bien: levanta tu poderosa voz de apóstol, como yo he hecho oír ahora mi parlería de discípulo; yo por tu *Obra de asistencia*, pero tú por la sociedad que lleva el nombre y la misión del Genio de la italianidad, Dante Alighieri!

Italia necesita de todos sus hijos. Desdichados los hijos que se niegan á socorrer á su madre; más desdichados aquéllos que, calumniando los unos el dón de los otros, susurran á la madre que necesita ese dón: «No lo tomes; es veneno! Viene de los curas! Viene de los masones!»

XIII. — Pero el buen obispo rogará por todos: por todos los hijos de Italia y por todos los hombres de la tierra, por todas las clases y por todas las razas. Rogará que en todos aliente siempre más este espíritu que eleva, rogará por los que ascienden y también por los infelices que caen. El acude, lo sabemos, á los caídos; y vierte su bálsamo sobre las grandes heridas! Y rogará, rogará por aquéllos que nosotros encadenamos, que encerramos en una jaula de hierro, que sepultamos vivos en una celda para que saboreen por años y años, también ¡ay! por

siempre, el estilicidio de la muerte; rogará por ellos, que acaso un instantáneo olvido del amor, acaso una malentendida sugestión del amor, arrastró hacia abajo; y por los cuales nosotros olvidamos por siempre el amor!

XIV. — El cándido anciano se vuelve, y nos dice: Id; la misa ha acabado. Nosotros no nos vamos todavía, buen obispo. Es tu misa de oro. Son cincuenta años que tú cumples tu ministerio, y nosotros te debemos un premio... No; perdona; la limosna. Héla aquí. A tu vejez no ya muy vigorosa, le es debida una limosna. Toma con que construir un Hospicio... para nuestros trabajadores errantes. Nosotros te premiamos, te regalamos, te beneficiamos así. Ellos encontrarán en él asilo, instrucción, asistencia y sustento. Y eso te hará bien. Allí depositarán sus picos, con los cuales mudan la faz del mundo y no ganan sin embargo lo suficiente en toda su vida de trabajo para reposar un año en su postrera vejez; se detendrán, en su perpétuo camino, y descansarán una noche al menos en un lecho, como suele decirse y aquí es muy bien dicho, cristiano. Y eso te hará bien. Escucharán, antes de dejar la patria, para ser quizás envueltos en ruinas, envenenados por los miasmas, despedazados por las caídas, escucharán una dulce palabra de consuelo en la lengua de la patria; y consigo la llevarán al destierro. Y eso te hará bien. Tu bien es el que se hace á los demás.

Almas gentiles que me habéis escuchado pacientemente, ahora, cumplido su rito, el santo obispo agradece. El, ¡éll! nos está agradecido. Retorne á él la gratitud de habernos inspirado que hiciéramos un poco de bien. Y que sea para vosotros un regocijo, que lo sea también para mí, un regocijo de los que sirven para templar la tristeza de la vida, el haber contribuido á la limosna de esta itálica, verdaderamente humana y divina, Misa de oro.

GIOVANNI PASCOLI.

(Trad. de ROBERTO F. GIUSTI).

BELLAS ARTES

Las exposiciones

La entrada del invierno, estación que por contraste fué elegida para todas las manifestaciones artísticas cuyo fin es remedar á la naturaleza, se presentó este año singularmente cruda, y como si en razón de su rigor fuera el deseo de olvidarla, los conciertos, las audiciones, las conferencias y las exhibiciones y esculturas crecieron en número y en importancia con relación á los años anteriores.

Bueno es decir, sin embargo, que gran parte de ese crecimiento nos llega más á favor de nuestra fama de riqueza que por nuestro crédito de amateurs. Y con razón el organizador de un salón tiene en cuenta aquella circunstancia, pues ya se ha visto la exquisita floración de un Degouvé ó la fantástica armonía de un Anglada bajo el polvo de una incomprensión tan general como desconsoladora.

Los negociantes saben esto, y saben más: vinieron á estudiarnos en el año del centenario y con sus ojos urgentes nos descubrieron la insuficiencia, al par que una ligera memoria de los nombres cubierta por una presunción sin límites. Corot, Meisonière, Courbet, Daubigny, Rousseau, Isabey, Díaz, son apellidos que se encuentran en las ilustraciones muy á menudo y el público prefiere y es digno de notar que tales predilecciones bonaerenses constituyeron el núcleo de la colección Chauchard, tan burlada en París como entre nosotros la de cierto comerciante que cataloga cuadros y condecoraciones extranjeras.

Como todo el mundo sabe, los negocios son los negocios. Quienes se dedican al transporte y venta de obras de arte no pueden perder su dinero por prurito de educarnos y harían mal en traernos Whistler ó Monet, como harían mal en enviar á las provincias percal sin grandes flores de color.

He aquí, pues, nuestro percal de principios de invierno: La primera cronológicamente fué la exposición Ville-

gas. El señor Villegas es un pintor español que sigue las tradiciones de la pequeña pintura fundada por Fortuny.

Apenas habrá un hombre más nefasto para el gran arte español que ese incomparable artista, lleno de fuego, matizado, cambiante, chispeante, que fué Fortuny. Su talento original, absolutamente personal, maravilloso en cuanto de su vivo sentimiento del color hace el ambiente de fantasías y de graciosos retruécanos de luz, es el representante acabado de ese ingenio español que ahora predomina en todas las manifestaciones de arte peninsulares, con filósofos seminovelistas como Unamuno, literatos poco serios como Dicenta, escultores art nouveau como Querol, más empeñados en divertir á su público que en infundirle altas emociones.

Los cuadros de Villegas son así agradables, simpáticos, á veces expresados con fuerza ó con finura, nunca emocionados ni vibrantes. El artista recoge sus escenas andaluzas con cierto amor,—el amor de su tierra y de sus gentes—pero el especial estado de espíritu que le rodea no le permite la vehemencia, que es condición ineludible de la pasión y necesario ingrediente de las obras maestras para la posteridad.

Poco hemos de decir de las exposiciones Bernheim y de la sociedad L'Eclectique, pues más que exposiciones, son ambos almacenes intermitentes de cuadros, estátuas y otras baratijas libradas á favor de su prestigio artístico, que en el caso de la segunda razón social se complica con el pésimo gusto de ofrecer con marcado desparpajo un buen Rosa Bonheur junto á un Panhard Levassor 80 H. P. Debemos sin embargo dejar constancia de que la exposición Bernheim ha vendido á nuestro museo nacional de Bellas Artes varios cuadros de autores famosos que irán á enriquecer su colección un tanto desigual con el oportuno aporte de su real valimiento.

Luego la exposición del Sr. Franciscovich abrió sus puertas á principios de Mayo con una extensísima serie de paisajes andinos en los que se discierne una disposición marcada y encomiable por los temas de aire libre, pero una técnica aún no desarrollada, explicada en cierto modo por la juventud del artista y por que es un autodidacta que no debe á nadie su saber.

Otras exposiciones se anuncian para en breve, tan nutridas á interesantes como estas, y que serán motivo de crónicas más autorizadas.

TEATRO NACIONAL

Teatro Nacional (Norte): "Los equilibristas" comedia dramática en tres actos del Señor Carlos M. Pacheco.

Por tercera vez, Carlos María Pacheco, intenta la realización de un género de teatro superior á aquel con el cual consiguiera buenos éxitos de galería. Comenzó con el drama «La Vida Inútil», al cual le siguió «Las Mariposas» y finalmente intenta la comedia dramática con «Los Equilibristas».

En el autor de sainetes se ha operado una evolución artística de todo punto necesaria, y á la que como propósito no se le debe escatimar aplauso, ya que como realización escénica, ideológica y sentimental, es la última producción de Pacheco, en extremo defectuosa y difusa.

El autor dramático, que dentro de un orden elemental triunfa fácilmente sobre las asperezas que le crean los conflictos dramáticos por él planteados, se vé vencido y anulado cuando, dentro de un género escénico superior, con personajes, ambientes y factores más complicados ó en relación á su anterior producción, más sutiles, plantea ó determina situaciones que no sabe desarrollar, y, en consecuencia, á las cuales no se halla solución lógica por la falta de la solución de continuidad en la evolución de las ideas y de los sentimientos á travez de la acción. Esto que le ocurre al señor Pacheco, es un mal endémico en la casi totalidad de los autores nacionales.

La falta del sentimiento evolutivo, del «Natura non fecit saltus» del mundo exterior y visible, aplicado al mundo anímico y á la mecánica de los hechos, hace que sobre porciones fragmentarias se construya la obra escénica, y

que en ella el autor, á pellizcones, trate de hacer psicología, de crear situaciones dilemáticas y de pintar caracteres, cuando solo delinea tipos, con tal resultado que el propósito no pasa de un débil intento. Partiendo de una base falsa, el desarrollo se construye al capricho — es decir, el alma de los personajes y la fuerza sentimental del conflicto se les subordina al efecto escénico, — y el fin resulta el coronamiento de un absurdo.

En efecto ¿de que sirve desarrollar asi tres actos, si ellos resultan mudos á la sensibilidad del espectador con el mismo mutismo que tiene para el oido una cinta cinematográfica? Bien sabemos que un soneto consta de catorce versos, pero como dijo alguien ¿y adentro que se pone? ¡Talento! respondió alguien que lo tenía. Pues bien, qué es lo necesario dentro de una obra dramática destinada á conmover? . . . Emoción. Pues emoción le falta, en primer término, á «Los Equilibristas» . . .

Supongamos ahora que lo que falta en sentimientos sobra en ideas. . . ¿No son las ideas obra exclusiva de la educación sentimental, cuando no se trata de frios químicos del alma, que abrazan su sentir en holocausto á un principio ideal ó absoluto? ¿Que la idea domina sobre el sentimiento y que el autor supedita á ello todo impulso sentimental? Sí. . . . En la forma, por ejemplo, que lo realiza en su teatro Pérez Galdós. Construyendo sentimientos en torno de ideas. Entonces la obra adquiere la solidez necesaria para vivir, como necesaria para vivir es la unión del cuerpo y del alma.

El señor Pacheco ve al mundo nuestro en pequeñas porciones; cada una de ellas tiene una faz característica, que sistemáticamente, él cataloga en su producción. Ayer todos eran disfrazados en la vida, hoy todos son equilibristas. . . En realidad los mismos frailes con distintas alforjas.

Observe, que mal cabe su sitematiquismo, dentro de una obra cuyo eje central no responde al rubro, ó si responde debe ser en forma sutilmente secreta ó muy difusa, pues no llega á la superficie en ningún momento. Y mal cabe, porque por falta de sólida construcción sentimental, el equilibrismo de sus personajes es mero accidente en la obra. Aquello tanto puede ser calificado de equilibrismo como de simple y pura inmoralidad. Prodigas un calificativo con igual ligereza como se llama maquiavélico á un ministro, por ejemplo, que se hace votar por terceros un proyecto que favorece directamente sus intereses. Pero am-

los conceptos tienen un alcance mayor y más sutil que hace injusta su aplicación á cosas tan simples.

El punto de vista crítico-ideal, desde el que observa el señor Pacheco, es falso. Una sociedad puede ser calificada ó comprendida bajo un concepto muy amplio, mucho más amplio y más profundo que el título un tanto generalizador que le otorga el autor de «Los Equilibristas». Hay sociedades de aventura, de «snobismo», de «rastás», de triunfadores, como las que pinta el satírico Abel Hermant en Los Transatlánticos, pero estos grupos sociales, que en el caso último es una generalización plenamente demostrada, ofrecen también sus abstracciones, «sus tipos contra corriente»: son más amplias y más complejas, y de la visión de esta amplitud y de esta complejidad debe cuidar el escritor para no caer en un artificial sistemaliquismo crítico y combativo.

Si el señor Pacheco no se encerrara dentro de un concepto que le limita sinceridad y hasta fuerza, dentro de una obra dramática, sacrificando por la mentira del propósito la verdad que pudiera darle á las escenas y á los sentimientos de sus personajes vería, por ejemplo, que Henry Bernstein en «Samson» presenta un conflicto parecido, personajes semejantes, situaciones más ó menos iguales ó afines, y que el concepto de equilibrio, por ejemplo, á existir en «Samson» sería una frase incidental, un detalle arrojado al azar, difícilmente un rubro general y dominador en toda la extensión de la obra dramática. Es necesario que el concepto de la vida, y la visión de sus grandes luchas sean más amplios en nuestros autores.

Si pasamos ahora á tercer término, á juzgar «Los Equilibristas» como obra de teatro, debemos decir, ante todo, que es una obra sin acción, salvo que por acción se comprenda la mecánica escénica ó la parte imaginada de una obra.

Los personajes desarrollan la comedia dramática á base del comentario de sus propios conflictos. Sufren, luchan, se aman, se critican, todo mediante inoportunas y lánguidas explicaciones, pero apenas tiene tiempo el espectador de apreciar esos estados de ánimo. El comentario le da aparente importancia al hecho, pero el hecho está tan debilmente presentado, cuando el autor lo ofrece, que el comentario se hace superfluo.

Existen en «Los Equilibristas» una acumulación de detalles inútiles, que obligan al autor, apesar suyo, quizás, á ser sintético é inconcluso en la descripción de los per-

personajes centrales. De manera que tal brevedad psicológica engendra el trazo caricaturesco en lo cómico, exagerado en lo serio y deformado en lo sentimental.

En una palabra, frente á la cuartilla de papel, el señor Carlos M. Pacheco, no ha tenido la visión clara y precisa de la obra que ha escrito.

SAMUEL LINNIG.

BIBLIOGRAFÍA

«Metodología y Enseñanza de la Historia» por Victorio M.

Delfino.

Es verdaderamente consolador el interés que una pléyade de día en día más numerosa de nuestros estudiosos patentiza por las cuestiones educativas. A tanto ardor por una causa tan alta y tan desinteresada, no pueden responder sino resultados benéficos para el país, y fuera dar muestra de un injustificable escepticismo, dudar que tarde ó temprano, seguramente temprano, hemos de palpar esos beneficios.

Uno más que acaba de incorporarse á la citada pléyade, aportando á la obra común, laboriosidad, cultura é inteligencia: el doctor Victorio M. Delfino, recientemente egresado de la Universidad de La Plata. En la necesaria división del trabajo, que comporta tarea tan magna, él se ha aplicado á la dilucidación y resolución del problema de la enseñanza de la historia, que es ciertamente, uno de los problemas educativos de mayor trascendencia, por cuanto se relaciona directamente con el de la formación del espíritu nacional, anhelado ferviente y unánime del día.

Para eso ha escrito la *Metodología y Enseñanza de la Historia*, simpático libro, henchido de doctrina y de ideas, que cariñosamente ha prologado el profesor Víctor Mercante.

Su objeto fundamental ha sido el de llevar un ataque en regla al sistema clásico de la enseñanza de la historia, todavía en auge en nuestras escuelas. A este propósito converge todo el libro, aunque el autor ha creído conveniente dilucidar el asunto con la mayor amplitud, haciendo preceder á los dos capítulos que tratan respectivamente de la enseñanza de la historia del derecho y de la Historia Argentina, otros dos dedicados á explicar compendiosamente las diversas teorías históricas y el estado actual de los estudios históricos en las principales naciones.

Naturalmente son los dos últimos los que más interesan al lector argentino.

Respecto á la enseñanza de la historia del derecho el autor aboga por la institución en nuestras facultades de una cátedra que explique la formación y estado actual del derecho nacional. En cuanto al estudio de la historia argentina cree, y con razón, que debe transformarse por completo, dándole un carácter objetivo, haciendo predominar los procedimientos gráficos de aprendizaje, sobre los puramente verbales, animando los hechos en lo posible ante los ojos del alumno, todavía abrumado hoy día bajo el peso de los nombres y de las fechas que se le obliga á memorizar.

Analizar por cuantos caminos diversos llega el doctor Delfino á estas conclusiones de buen sentido y cómo discute en todas sus partes la materia que le ocupa, auxiliándose con el ejemplo de lo que se hace en las demás naciones, con la prédica de los más eminentes sociólogos, historiadores y pedagogos, y con la propia experiencia, es asunto que se sale de los estrechos límites de una nota bibliográfica. Bueno será decir, sin embargo, que el autor se mueve descambarazadamente en el campo que se ha trazado, manteniéndose siempre dentro de los límites de las más aceptables doctrinas pedagógicas y formulando con exacto criterio, abundantes ideas dignas de ser llevadas á la práctica.

Sobre la formación del carácter nacional, observa justamente:

«De esta manera se irá formando el carácter nacional en el crisol de la historia patria. Pero pensamos que nada se obtendrá cuando se trate de infundir el espíritu nacional hablando de él mismo á sus alumnos (como se hace comúnmente). Con esto no se conseguirá otra cosa que decir palabras para que queden palabras. El nombre no tiene nada que hacer aquí. A los profesores que así enseñan les sucederá como á los que se proponen enseñar moral, que, á menudo sus enseñanzas terminan siendo inmorales. Enseñemos la historia patria como se debe enseñar, como lo aconseja la moderna metodología y contribuiremos á la formación de dos grandes cualidades: la conciencia nacional y el carácter; la primera por las enseñanzas concienzudas de la historia del país y el segundo por la verdad con que la enseñamos».

Muy sana opinión que contrasta radicalmente, así con la de los nacionalistas á pura bandera y puro himno, como con la de los pedagogos descarriados que en un

país libre como el nuestro siguen exaltando las ventajas de la *mentira patriótica*, como medio educativo.

Por todo esto, por la seriedad y discreción continuas que presiden á este trabajo, lo alabamos sin reserva; que si tiene deficiencias, más y mayores son sus méritos, y es eso lo importante, en estos momentos en que conviene pensar como el doctor Delfino, cuando escribe:

«No nos preocupe que Eúropa no nos conozca á fondo. Hagamos, como dice un sutil literato, lo que el insecto que vive durante mucho tiempo trabajando dentro de su capullo para operar su metamorfosis y luego, cuando el trabajo está concluído, rompe inusitadamente su capullo y aparece convertido en rutilante mariposa.

«Debemos *hacer* y no esperar que los demás hagan para criticar luego; aspiremos á ser *trabajadores* y no *espectadores* de la vida nacional»

«Documentos relativos á los antecedentes de la Independencia de la R. A.» Documentos para la Historia del Virreinato del Río de la Plata.»

La Facultad de Filosofía y Letras, á pesar del empeño que el doctor Garro ha puesto en desconocerla y desdeñarla, acaso por ser ella un centro de trabajo y de estudio y como tal blanco natural de la ojeriza de un ministro ocioso ó inepto, continúa prestando al país con seria tenacidad inapreciables servicios de orden superior.

A las muchas iniciativas que sus autoridades han tenido hasta la fecha para fomentar la cultura de la República, elevar el nivel intelectual de nuestros estudiantes, dar una sólida base á la ciencia arqueológica argentina y preparar, en general, el advenimiento del verdadero espíritu científico en las materias históricas y literarias, espíritu que entre nosotros apenas ha apuntado, debe agregarse la no menos importante de haber puesto mano á la empresa de ir publicando todos los documentos referentes á nuestra historia, así la colonial como la independiente, que duermen en esos archivos.

Tres tomos más ha publicado en lo que va del año, tres gruesos tomos henchidos de preciosos elementos para el historiador y el sociólogo, y que son la digna continuación de los tres anteriormente aparecidos, que trataban de la Organización Constitucional de la República.

Los presentes tomos remontan más lejos en el curso de la historia argentina. Uno de ellos encierra los *documentos relativos á los antecedentes de la Independencia* y los otros dos *documentos para la Historia del Virreynato del Río de la Plata*.

El material del primero forma parte de una numerosa colección de documentos, que fueron copiados en el archivo de Indias de Sevilla, y que adquirió la Facultad por intermedio del señor Enrique Peña. Un segundo tomo está ya en prensa con documentos referentes á asuntos eclesiásticos de la misma época.

En cuanto á los dos volúmenes pertinentes á la historia del Virreynato, sólo son una mínima parte de los que la Facultad piensa dar á luz sucesivamente á propósito de la misma materia. Diez y ocho legajos de documentos ha reunido en sólo el año de 1911, mandándoles copiar de los ejemplares existentes en el Archivo de la Nación, en la Curia Eclesiástica Metropolitana, en el Museo Mitre y en la Biblioteca Nacional, después de un previo trabajo de investigación realizado por los señores P. Antonio Larrouy y doctor Emilio Ravignani. Y es aquí justicia tributar un aplauso á ambos investigadores, por la seriedad y el buen tino con que han realizado su misión. El P. Antonio Larrouy ya es bien conocido de los estudiosos, por su infatigable actividad de erudito, sagaz escudriñador de archivos; y por lo que respecta al doctor Ravignani, cuanto dijéramos de la honestidad y laboriosidad que aplica á cualquier tarea intelectual que debe llevar á cabo, seriedad y laboriosidad á las que va unida una inteligencia brillante y cultivada, sería poco expresivo al lado de la realidad.

Ambos tomos citados atañen á la vida municipal de Buenos Aires y su campaña en la primera época del virreynato, y han sido dados á luz con anterioridad á otros que debían haberles precedido, por ser el asunto que ilustran el que el profesor de historia en la Facultad, doctor Juan A. García, trata este año en su curso.

Como se ve, la Facultad ha pensado en todo, no descuidando ningún factor de cultura, hecho que habla muy alto en favor de cómo se entienden en ella las funciones de un alto centro educativo, y por ende en contra del ministerio que con ciega testarudez se ha encaprichado en poner en el Index, á ella y á sus egresados.

“Desde la Falda”. Poesías por R. Monner Sanz.

Si pudo haber alguien que dudara hasta ahora de los justos títulos que amparaban al señor Monner Sanz para enseñar gramática en nuestras escuelas, como con tanto acierto viene haciéndolo desde muchos años atrás, después de la lectura del libro de versos que el distinguido catedrático acaba de publicar, deberá en conciencia depner todo recelo y reconocer la legitimidad insuperable de aquellos títulos. ¡Como si lo hubiéramos leído el libro *Desde «La Falda»*, antes de aparecer! No podía ser diverso del que es; de haberlo sido, hubiese defraudado nuestras más caras esperanzas. Junto al señor Monner Sanz, don Juan Antonio Cavestany resulta un modernista frenético, un temerario innovador, un subversor peligroso de la república de las letras, que, como es sabido, debe ser pacífica; resulta casi poeta.

No hay nada que objetarle á esos versos, á ese lenguaje: desafiamos á todos los profesores de literatura del país á que consigan cositas más felices de sus alumnos más aplicados. ¿Quién sería osado á sostener que las flores no embalsaman el puro ambiente con su perfume, que las palomas no arrellan á nuestro redor, que la ciencia no es menguada, que al sueño está mal llamado Morfeo, que el aquilón no es siempre soberbio y el cáfiro siempre blando, que á España no le sienta muchísimo denominarla Iberia, y que en poesía no conviene tratar de cínifes á los mosquitos? Unos cuantos siglos de poesía española nos autorizan á decirle en la cara al atrevido, que no sabe lo que dice. El señor Monner Sanz que ha rebuscado cuidadosamente á través de esos siglos las expresiones más correctas y de buen tono, nos servirá para documentarnos y afrontar el lance.

Gracias á Dios la literatura poética de las niñas argentinas aumenta constantemente. Al lado de *Tras los mares* que, suponemos, habrán hecho ya encuadernar coquetonamente con cantos celestes, pueden sin temor colocar en su biblioteca, *Desde «La Falda»*, para cuya encuadernación les aconsejamos el color caramelo. Ni su maestra de gramática, ni la de moral se han de oponer, pueden estar seguras.

“Cariños” por Julio Cruz Ghic.

El prologuista de este libro, señor Julio R. Barcos, nos

dice que ha encontrado el retrato fiel del autor, en el protagonista de uno de sus cuentos, el titulado *La Trova*:

«Prócoro era bueno. Buen criollo, buen gauchó, buen hombre. Bueno para la casa, para el campo.... Buenos músculos y alma buena. Alma gaucha..... Diríase hoy un hombre defectuoso, por eso: por bueno.... Poeta. Prócoro era poeta. El poeta del campo, que no fué más que un trovero, porque no pulía los versos que cantaba, improvisándolos, y no publicaba libros.....»

Y agrega el señor Barcos:

«Y bien; transformemos esta figura de poeta gauchó, en una civil de poeta urbano, pero de manera que se equidisten espiritualmente, y tendréis auto-retratado al autor de este libro.»

Así ha de ser no más, y no hay porque dudararlo. A través de todas las páginas de *Caríños* se lee el alma del poeta rústico, fiera, impulsiva é idealista, que el prologoista descubre en el autor. Lástima, eso sí, que el poeta gauchó se transforme á veces demasiado en poeta urbano. Ghio siente y sabe describir con fuerza y con frescura el campo y sus tipos; pero á veces se le atraviesa por medio la *literatura*, la mala literatura, y da entonces en hacer frases y en rebuscar su léxico, con perjuicio para el efecto de vigoroso realismo, de evidencia inmediata que se ha propuesto producir. Por fortuna las más de las veces se olvida de que *escribe*, y es entonces cuando acierta, en el diálogo sobre todo, al que llega á dar por momentos la gracia, la espontaneidad y la viveza de que ha menester esta literatura regional.

El argumento de la mayoría de sus cuentos es tragico. El amor y la muerte forman siempre su nudo pasional. El beso y la puñalada..... En ellos revive el alma del gauchó, bravia, leal, apasionada, fatalista, tal como de consuno nos la pintan la leyenda y la historia. De un solo trazo seguro Ghio revive de pronto esa alma ante nuestros ojos, tal por ejemplo en las escenas finales de *Duelo criollo* y de *Lechuza*, ó en el rasgo de abnegación que constituye el argumento de *El puesto de la Gloria*. Otras veces en cambio el asunto y los personajes están tratados según la *manera* del folletín gauchesco, con la contribución de todos los viejos recursos melodramáticos del género, v. gr. en *El beso*.

En resumen, pues, un escritor con muy felices aptitudes para la literatura de la tierra, que debe perseverar en la buena senda iniciada, en cuyo término está la perfecta obra de arte regional, soñada por tantos.....

“Versos de una juventud” por Edmundo Montagne.

Montagne ha vuelto á publicar sus *Versos de una juventud*. Ya lo juzgamos cuando apareció la primera edición, este volúmen en el cual entre el fárrago de muchas cosas heterogéneas y extrañas que han hecho su tiempo, apunta uno de los más hondos y sinceros líricos de la joven generación poética. Ahora Montagne está comprometido á darnos algo superior, y por cierto que puede, como la atestigua la producción que en los últimos años ha ido dispersando por esas revistas.

Al frente de esta edición van insertos los juicios emitidos sobre el libro por periodistas y hombres de letras, y á fé que su lectura es amena. No sabemos si es que el poeta se ha propuesto jugarle una mala pasada á algunos de sus críticos, pero lo sospechamos.

Adorna la carátula una viñeta de Otero, muy bien ideada, que simboliza acertadamente el espíritu del libro.

“Jerusalen y la Tierra Santa” por E. Gomez Carrillo.

Ya las habíamos leído en «La Nación», á medida que llegaban, estas admirables crónicas de viaje que ahora se publican reunidas; sin embargo, ¿quien se resiste al deseo de releerlas? ¡Tanta es la elocuencia poética con que Gómez Carrillo sabe expresar sus impresiones de artista, tanto el encanto irresistible de su estilo! Pero no tema el lector. No pensamos repetirle la vieja canción. No nos tiente la tarea de reeditar por cienmilésima vez las alabanzas de tan delicioso *croniqueur*, exquisita flor del bulevar, ciertamente, pero á la vez legítimo orgullo del periodismo hispano-americano.

Otros periodistas, los sesudos viajeros de la raza de los Huret, se van á las Alemanias ó Argentinas, á registrar cifras, á comprobar progresos, á atishar porvenires; otros, los filósofos de la actualidad, del tipo de los Maetz, observan y anotan la dirección cambiante de los vientos morales que arrastran á la humanidad, como pobre hoja seca; otros, repórteres héroes, los Barzini, siempre están allí donde acontece lo nuevo y lo inesperado, donde se lucha y se mata y se muere; no así Gómez Carrillo, poeta ante todo, diletante nunca fatigado, amator de las cosas bellas y silenciosas, que envuelven en atmósfera de ensueño, ó las lejanías del tiempo ó las lejanías del espacio...

Primero fué el Japón que lo atrajo con su leyenda de

país de fantasmagoría, hecho para historiar biombos y abanicos, leyenda que ni la misma guerra formidable y terrible ha logrado destruir; luego fué Grecia, la tierra inmortal á dónde desde hace más de dos mil años convergen, y no en vano, las miradas anhelantes de belleza, de los hombres; es ahora Jerusalem y la Tierra Santa, el oriente misterioso en donde Jehova pronunció su Ley, la dulce comarca que oyó la voz de Jesús.....

El libro que Gómez Carrillo nos ha dado no es indigno del asunto. Loti no ha dicho nada mejor sobre esas divinas tierras de la Biblia y del Evangelio. El cronista ha ido hasta allá, ilusionado con ellas, y ha vuelto trayendo intacta su ilusión. Ha visto lo que Eca de Queiroz temía, el ferrocarril cruzando la tierra de la Sulamita, el *music-hall* cerca del Calvario; ha visto lo que todos sabemos, las atroces y fanáticas peleas de los frailes dentro del Santo Sepulcro; pero su ilusión no se ha desvanecido. Apenas se ha limitado á hacer un gesto de asco, para refugiarse enseguida en el recuerdo consolador del pasado sublime. Porque Gómez Carrillo es más que un periodista: es un poeta.

"La Propia y otros tipos y escenas costarricenses" por Magón

No es la primera vez, ni, esperamos, será la última, que escribimos sobre la *Colección Ariel*, excelente serie de epitomes de literatura internacional, antigua y moderna, que vé la luz mensualmente en San José de Costa Rica, y difunden sus editores por América. Obra de cultura, modesta y sabiamente realizada, merece el aplauso de todos los amantes de las buenas letras, y sinceramente se lo tributamos una vez más, con motivo de la publicación de los volúmenes 15 y 16, que acabamos de recibir.

El volumen 15 es una recopilación de los más celebrados bocetos del escritor Manuel González Zeledón, más conocido bajo el pseudónimo de *Magón*, iniciador en Costa Rica, de la literatura regional. Se trata de páginas sin pretensiones, recogidas de los diarios donde fueron hechas conocer al público desde el año 1895 en que comenzó la actividad literaria de su autor; artículos de costumbres, con su poco de sal y pimienta, interesantes para cualquier lector, y más, claro está, para los lectores centroamericanos, que han de verse retratados en ellos de cuerpo entero.

“Miscelánea” de Manuel Ugarte

El tomito 16 de la *Colección Ariel* está dedicado á un argentino, á Manuel Ugarte. Con motivo de su reciente viaje á Méjico, las Antillas y la América Central, los editores creyeron oportuno dar á conocer al público costarricense en una breve y bien compilada antología, algunas de las mejores páginas, en prosa y en verso, de la vasta obra de nuestro compatriota, incansable apóstol de un nobilísimo ideal moral. Naturalmente han dado la preferencia á los tópicos latino-americanos, escogiendo numerosos fragmentos de *El porvenir de la América latina*, y han hecho bien, porque ese libro es uno de los que más y mejor caracterizan la inteligencia y la labor de Manuel Ugarte.

El epitome lleva como prólogo unas bellas páginas escritas en 1902 por Rubén Darío sobre su amigo y compañero.

“Ensayos críticos: I. Gastón F. Deligne” por Manuel F. Cestero.

Manuel F. Cestero es un joven crítico dominicano. Se ha propuesto estudiar la personalidad de los literatos más conspicuos de su patria, en una serie de folletos, y ha dado comienzo á la tarea con uno dedicado á Gastón F. Deligne, «el mejor de nuestros poetas de actualidad y uno de los más notables de la América hispana» — según lo clasifica el escritor F. García Godoy.

Nada ó casi nada sabemos de Deligne. Su libro *Galarippos* no ha circulado por América, y Cestero da á conocer de él demasiado poco, para que podamos formarnos una segura opinión sobre el poeta. Sólo sabemos que en su patria es muy diversamente juzgado, y podemos decir de los versos que Cestero transcribe, que valen bien poco.

En cuanto á este trabajo de Cestero, está hecho con serenidad y elevación muy encomiables, como que se inspira en la fórmula de Manuel Ugarte que manda que la crítica se erija en conciencia colectiva y marque rumbos; y si bien no puede ser señalado como ejemplo del verdadero *ensayo*, de esos que son á la par obras de análisis que de creación, se recomienda, sin embargo, por la discreción con que está realizado, y hace aguardar con simpatía los estudios semejantes que han de seguirle.

“Vida” de Torres Villarroel

Fué don Diego de Torres Villarroel uno de los escritores más famosos del siglo XVIII. Hombre singularísimo, medio pícaro, medio sabio, ofrece á la posteridad el interés de ser un escritor representativo de su época. Su renombre posterior no ha respondido al que gozó en vida, acaso por la misma razón antedicha, qué fué un producto genuino de su medio y tuvo de él el defecto más característico: la ausencia de cultura profunda y sólida, achaque de los escritores del tiempo, de los llamados *reformadores*. Vivió intensamente la vida y supo reflejarla en sus libros; escribió mucho y de todo, y tan desigualmente como podía esperarse de su producción espontánea é irreflexiva. Sus contemporáneos le llamaron «el Quevedo de este siglo», pues, en efecto, es visible la afinidad de su espíritu con el del gran satírico, bien que no llegue nunca Torres Villarroel á la altura de su modelo. De sus obras él mismo nos ha dicho: «No dudo que mi castellano es menos enfadoso que el que se observa en los escritores modernos. Mi cuidado ha sido hacer patente mi pensamiento con las más claras expresiones... La lectura de mis obras tiene alguna cosa de deleitable, no tanto por las sales, como por las pimentas. Es cierto que propongo algunas verdades y sentencias, pero si les faltara esto, ya hubiera quemado todos mis papeles. Los más de ellos los he parido entre cabriolas y guitarras, y sobre el arcón de la cebada de los mesones, oyendo los gritos, chanzas, desvergüenzas y pullas de los caleseros, mozos de mulas y caminantes; y así están llenos de disparates, como compuestos sin estudio, quietud, advertencia ni meditación. La necesidad ha tenido mucha influencia en esta parte; porque yo estaba hambriento y desnudo, con que no trataba de enseñar sino de comer....»

Para nosotros, ciertamente, lo más interesante de él es su *Vida* que definió don Juan Valera «como una obra picaresca, sin maldad que mancille la honra del héroe»: no es una obra maestra de la literatura española, pero sí un libro digno de ser sacado del olvido, así porque nos da á conocer la personalidad del escritor, curiosísimo personaje á fé, como porque nos retrata el medio en que él se desenvolvió. Es por eso, atendiendo á este doble interés histórico y literario, que *La Lectura* de Madrid ha creído oportuno reeditar esa *Vida* en sus intachables ediciones de los *Clásicos castellanos*, con lo cual ha prestado

indudablemente un nuevo servicio á la causa de las letras y de la cultura españolas.

La edición ha sido impresa con el cuidado y la nitidez que caracterizan todos los tomos de tan excelente colección, y ha sido anotada por don Federico de Onís con notas gramaticales que si distan mucho de valer lo que las doctísimas de Rodríguez Marín á la edición del *Quijote* que paralelamente está dando á luz *La Lectura*, son, sin embargo, estimables, y ayudan no poco á la mejor interpretación del texto.

"Memorias Secretas de la Corte de Rusia" "La Corte de Luis XV." "Napoleon Emperador."

Entre las muchas obras de muy diversa índole que con encomiable esmero tipográfico sigue dando á luz la Casa Editorial Hispano-Americana, son especialmente dignas de nota las tres últimas de la *Serie histórica ilustrada*, interesante colección de que ya hemos tratado otras veces, y que se publica bajo la dirección de don José Muñoz Escámez.

Nos referimos á las *Memorias secretas de la Corte de Rusia*, por M. C. P. Masson, Comandante de los Granaderos del Gran Duque Alejandro, á *La Corte de Luis XV*, recopilación de varias memorias de la época, y á *Napoleón Emperador*, segunda parte de las famosas memorias de Fauvellet de Bourrienne. Trátase, como puede adivinarse, de obras de fácil é interesante lectura, de carácter entre histórico y novelesco — al menos las dos primeras — destinadas á tener difusión, no sólo entre quienes se interesan de las cosas del pasado, sino entre todos los que buscan un rato de esparcimiento en la lectura de hechos grandes y peregrinos, así sean verídicos, así sean fantásticos.

Las tres han sido traducidas por don Mariano Ramón Martínez, y traen respectivamente numerosas ilustraciones documentales.

NOTAS Y COMENTARIOS

Marcelino Menéndez Pelayo.

El más alto espíritu de que se enorgullecían los países de habla castellana, se ha apagado. Marcelino Menéndez Pelayo ha muerto. Teníamos noticia de su enfermedad, pero nunca supusimos que esa asombrosa fuente intelectual habría de cegarse tan pronto, así de improviso, como ha acontecido, con unánime sorpresa y dolor.

Menéndez Pelayo era una fuerza creadora que daba con su serena actividad la impresión de lo eterno. Él era el alma de toda la literatura española y americana contemporánea; su influencia se percibía en todas las zonas de la labor mental; el impulso dado por él había irradiado en mil divergentes direcciones; sintió el estímulo de su acción fecunda cuanto espíritu alienta un elevado ideal de arte, desde Méjico hasta Buenos Aires, desde Santiago hasta Barcelona.

Desde casi tres decenios no había crítico de talento que de las cosas de la vieja España escribiese, que no se sintiera en el deber de declararse su discípulo, y que no lo tuviera á mucha honra; últimamente ya no tenía adversarios ni casi era discutido por nadie, tanto era el imperio que sobre los espíritus había acabado por ejercer su producción no sólo inmensa y multiforme, que eso es propio de cualquier erudito germánico que no conoce el cansancio, sino también genialmente latina, es decir, inspirada en un elevado y riguroso criterio de arte.

Llegamos tarde para hablar de esa producción, tanto más en una corta nota de homenaje. Nadie ignora los pasos de ese hombre maravilloso por la memoria, la inteligencia y la dedicación al estudio, que conquistó con una asombrosa victoria la cátedra de literatura española en la Universidad Central de Madrid, cuando apenas tenía veintiún años, y desplegó desde entonces una actividad sin segundo, combatiendo admirables batallas por la ciencia y por

la tradición espiritual españolas, iluminando con insospechadas luces un ancho campo de la historia de la poesía lírica peninsular y americana, historiando la literatura novelesca y la dramática, levantando un colosal monumento á Lope de Vega, escudriñando todos los rincones de la crítica histórica y filológica, y, sobre todo, compilando el vasto, incabable elenco de las corrientes artísticas occidentales, á través de los siglos, que otra cosa no es su por desgracia inconclusa obra acerca de la *Historia de las ideas estéticas en España*.

Y no faltó en esa vida estupenda de trabajo, la nota humana por excelencia, la nota poética. A quienes han reprochado á este crítico el no ser un creador, se les podría contestar con sus *Odas, epístolas y tragedias*, obra toda entera de sano lirismo y acabada prueba de maestría técnica, que por momentos se eleva á alturas raras veces entrevistas por los poetas españoles, antiguos y modernos: sin embargo no necesita Menendez Pelayo ser defendido con ese su merecido descanso en la labor asidua — si hacer poesía es descansar —, para ser clasificado de gran creador. Gran creador, por cierto, que otra cosa no es el gran crítico; creador de valores estéticos, de aparición mucho menos frecuente que el gran poeta.

Eso fué Menendez Pelayo, y á fé que no siempre las naciones alcanzan á engendrar en un siglo un hombre semejante.

Ferruccio Garavaglia.

Con la muerte de Garavaglia, desaparece de la escena uno de los más grandes actores contemporáneos. Italia, su patria, y con ella todos los países latinos, están de duelo. Buenos Aires, sobre todo, que no hace aun seis meses tuvo ocasión de apreciar íntimamente las múltiples facetas de su enorme talento, ha sentido un brusco estremecimiento al conocer la ingrata nueva. Y, — cosa rara en nuestro ambiente — los hombres de letras, autores dramáticos, músicos y artistas, unidos momentáneamente por un mismo dolor, y conocedores de la angustiosa situación en que quedaba la familia del gran actor, se reunieron en el local de nuestro colega «La Patria degli Italiani» y resolvieron lanzar al público el siguiente manifiesto, que se debe á la agil y elegante pluma del doctor David Peña. Nuestro mayor anhelo es que, tan simpática iniciativa, se vea coronada por el mayor de los éxitos.

«Detenemos un instante la atención de los espíritus de la gran ciudad para volverla hacia el recuerdo de quien, tan poco ha nos dejaba una impresión de arte para siempre desde la escena, con un poder de intensidad que podría considerarse insuperable. El eminente actor Ferruccio Garavaglia ha muerto consumido por el propio fuego de su genio. Su voz, su gesto, las líneas de su armoniosa armadura, sus blancas hermosas manos, instrumentos de las pasiones de sus héroes; sus ojos, expresivos como el alma, ya no volverán á interpretar, con sus inimitables modos, las sensaciones de un arte, que, por ser el más próximo á la vida, es el que más nos conmueve.

Y aquel su corazón, vaso hecho para la angustia, no recogerá de la propia fuente de la desolación humana el lamento, el grito, la locura... La edad contemporánea ha perdido un superior talento dramático; la Italia un representante dignísimo de su cultura secular; la República Argentina un aliado espiritual de su fina aspiración á la belleza.

Para apreciar tanto valor, basta empeñarse en buscar en torno suyo la entidad que podría substituirlo. Si la emoción que ayer nos trasladara á la íntima región del sentimiento ó á la razón, no se ha de creer recompensada por el fugitivo aplauso de ese instante; si es cierto que la civilidad ha creado, indestructible, una solidaridad entre las almas que luchan, regida por la bondad y la justicia, por el amor y por la gratitud, acordémonos de honrar la memoria de este artista muerto en una pobreza tan positiva que ella es el más elocuente testimonio de que no hizo del arte sino la expresión sincera de sus sueños. La familia de Garavaglia queda sola, desamparada, frente al pavoroso problema de lo incierto. Público que concurrísteis á las veladas del intenso interprete; amigos de un día, atraídos como si fuérais camaradas por aquella simpática figura; artistas como él, del teatro, de la pintura, de la escultura y de la música; hombres de letras de notoria fama ó modesto nombre; periodistas, poetas, cultores de la inteligencia en las múltiples maneras, poderosos protectores de cuanto es civilización ó humildes colaboradores de cuanto habla al espíritu, de cuanto se relaciona con el ideal, de cuanto es fuerza duradera en las sociedades modernas como lo fuera en las antiguas, á todos y á cada uno evoca el comité que suscribe la memoria de Ferruccio Garavaglia para pedirnos que atendáis su llamado asistiendo á los espectáculos que ha comenzado ha organizar y que se anunciarán en breve bajo su dirección.

Y esta convocatoria desde luego, va también dirigida á la depositaria de lo exquisito en la vida: á la mujer. Ayúdenos ella con su mágica influencia á demostrar que el egoísmo no es ley humana; ponga su pensamiento en aquélla su semejante que sufre y en el niño abandonado en el otro lado del Océano, heredero de un nombre ilustre, y ofrezca á Italia, á Europa, al mundo, el espectáculo de que esta tierra no olvida á los que le aportan las luces del talento. — Buenos Aires, Mayo 11 de 1912. — David Peña, J. V. González, Adolfo E. Dávila, Basilio Cittadini, E. S. Zeballos, Luis Mitre, Eliseo Cantón, Francisco A. Barroetaveña, Rodolfo Rivarola, Ricardo del Campo, Joaquín de Vedia, Mariano de Vedia, V. di Nápoli Vita, E. García Velloso, E. Badaró, Nicolás Barros, Francisco Pablo Parisi, C. Muniagurria, Tomás Devoto, Alfredo L. Palacios, Eulogio Marzoni, Juan M. Navarro Viola, José Ulivieri, Matías E. Calandrelli, Nicolás J. Grosso, Eugenio Antonio Tarnassi, Cupertino del Campo, Ferruccio Togneri, Carlos Vega Belgrano, Carlos Corazzi, Alejandro Lucadamo, Antonio E. Terrarossa, Hugo de Achával, Felipe Lovatelli, Humberto A. Raffaelli, Martín A. Drake, Fernando Sansone, Luis Souza Dantes, Constantino Marinelli, Domingo Fernández y González, José Cardona, Jenaro M. D'Andrea, Calixto Oyuela, Faustino Da Rosa, Carlos M. Pacheco, Pablo Podestá, José J. Podestá, Luis Klappenbach, Walter Mocchi, Alberto Williams, Ferruccio Cattelani, Miguel Mastrogianni, Eduardo Múscari, Orestes Bufalini, Samuel Linnig, René Moreno, Domingo A. Robatto, Roberto F. Giusti, Enrique H. Cheli, Alfredo A. Bianchi, Alejandro Cazzaniga, Coriolano Alberini, Francisco Albasio».

El Banquete á Martínez Cuitiño

Con motivo del banquete que á Vicente Martínez Cuitiño ofrecieron sus amigos el 18 del corriente, celebrando sus últimos éxitos teatrales y la obtención del diploma universitario, se ha puesto una vez más de manifiesto el ambiente de pequeñas miserias en que nos agitamos. Entre sesenta ó más comensales que rodeaban al obsequiado, sólo podían verse á tres ó cuatro autores teatrales conocidos. Esta falta absoluta de compañerismo en un gremio tan numeroso — casi no se tropieza en los cafés con un individuo limpio del pecado teatral — ya la hicimos notar á propósito de la comida que meses atrás se realizara en honor de uno de nuestros más serios dramaturgos: Julio Sánchez Gardel.

A pesar de las ausencias que se notaron, y quizás por eso mismo, la fiesta transcurrió en medio de la más franca camaradería, prolongándose el banquete que habíase iniciado á una hora bien rara, — 1 a. m. — hasta las cuatro de la madrugada.

Muchos fueron los que hablaron, coincidiendo todos en elogiar las raras dotes de amigo consecuente y leal que adornan á Martínez Cuitiño, como así también su sólido talento, puesto de manifiesto en la serie de sus fuertes obras teatrales. En este sentido se destacó el discurso, improvisado ante la insistencia de los concurrentes, de nuestro asiduo colaborador señor Alberto Gerchunoff. Su discurso constituyó la nota de la noche. Alguien en su elogio dijo, que le parecía haber estado oyendo á Máximo Gorki. Que no había oído nunca á Gorki, pero que Gorki, hablando, no debía hablar de otra manera.

Ofreció la comida el conocido periodista y crítico teatral de nuestro colega «Tribuna» señor Enrique Villarreal, contestando el señor Martínez Cuitiño con las sentidas frases que á continuación publicamos:

Las hermosas palabras y sin embargo injustas — como dijo el maestro francés — que acaba de pronunciar mi amigo Enrique Villarreal, me ponen en el trance de dirigir la palabra y de decirlo con toda franqueza que no estoy acostumbrado á recibir esta clase de demostraciones. A pesar de la presencia del poeta Soussons, que llega ahora, se me hace muy difícil retribuir esta comida con etiqueta, por la sencilla razón de que nunca he sabido, para desgracia mía, glosar los lugares comunes de la gratitud. Ello no obsta para que, sin adaptarme á las circunstancias un tanto pueriles por no decir burguesas de todo agraciado con esta especie de homenajes, deseche — no sé si por incompetencia ó por ese resto de vanidad que todos los mortales poseemos como borra en el vino del espíritu — la fórmula salvadora del «no soy orador», para derramar en cambio sobre vosotros mi único tesoro, que es el de la sinceridad.

Y bien, señores. No creo que sea éste un banquete á la borla doctoral, ni siquiera al laurel precario del dramaturgo. Ni aquella ni éste valen la pena, por lo menos la pena de «comer». La borla no es una cosa difícil de obtener, un laurel como el mío no es nada del otro mundo. Mi propia simplicidad espiritual me está gritando que tan selecta congregación de comensales no puede tener por objeto rendir devociones al pergamino, ni tributar plácemes á una

pasajera victoria dramática, que trataré de multiplicar Dios mediante y mi fé en las cabales fuerzas de mi arte. No pueden, nó, tener tales objetos y sería un mal síntoma para todos que así fuera.

Antes bien, creo firmemente que esta mesa es un excelente pretexto de la amistad — que también tiene su técnica como el teatro — para fortalecer más y más los vínculos de simpatía que encadenan á los hombres en el largo camino de los ideales comunes y de las comunes esperanzas. Y digo ésto porque si bien es cierto que el babelismo monstruoso de la sensualidad contemporánea suele — y con frecuencia — decretar el banquete por el placer del banquete, no es menos cierto que yo y vosotros, que nosotros, mejor dicho, debemos sentir por encima de tales lujurias la dulce satisfacción del compañerismo artístico y de la fraternidad intelectual que tiene sobre aquellas la ventaja de la sencillez de sus gustos y la potencia de sus alas.

Por lo demás, señores, yo también soy un alistado á este banquete de la amistad y me he sentado á esta mesa de concordia ahuyentando en lo posible birreles y pergaminos, porque estoy seguro que nada hay tan cierto ni que compense tanto la fatiga de vivir como el afecto que el hombre guarda para el hombre y el cariño que el amigo siente por el amigo.

Yo encuentro en vosotros ese bello reclinatorio y en él ha de descansar el modesto obrero que llevo en el espíritu, cada vez que le postre esa sed terrible que pide por agua tan solo un poco de amistad.

He dicho.

Viajeros.

De Europa ha regresado el conocido literato Juan Pablo Echagüe. Vuelve para reincorporarse al periodismo nacional, en el que tan inolvidable acción ejerció otrora, como crítico teatral, bajo el pseudónimo de *Jean Paul*. De su estadía en el otro continente trae recuerdos y apuntes que no ha de tardar en utilizar para darnos algún nuevo libro, elegante y sincero. Su viaje ha sido útil para nuestro teatro, por cuanto Echagüe ha sido el eficaz intermediario entre la Sociedad de Autores Franceses y la de los autores argentinos, con objeto de llegar á un provechoso acuerdo entre ambas.

Nuestro saludo para el amigo que ha regresado al reducido hogar intelectual porteño.

—El 5 de Junio sale para el Nuevo Mundo nuestro amigo y colaborador Hugo de Achával. Buen muchacho, lleno de talento, original, alegre, Achával en pocos años ha sabido ganarse un mundo de simpatías en todos los círculos intelectuales y periodísticos de Buenos Aires. Tiene además una gran cualidad: es estudioso, seriamente estudioso, como persona que ha comprendido la distancia que media entre la falsa ciencia de oropel y el saber verdadero. Su ideal de arte, clásico, antes bien, helénico, es el más alto y hermoso que podía haber concebido, y es por sí solo una recomendación del espíritu en que alienta.

Nuestro afecto le acompaña en su viaje, y lo que más deseamos á este respecto, es su pronto regreso.

José Blanco Caprile

Desde el mes de Abril se ha hecho cargo de la Administración de NOSOTROS el señor José Blanco Caprile. Dadas sus reconocidas dotes de laboriosidad é iniciativa, su solo nombre es ya una garantía de la seriedad con que de hoy en adelante será atendida esta importante sección de nuestra revista. Con una buena administración constituiría el mejor seguro de vida para la publicación que con tanto amor y sacrificio sostenemos, deseamos sinceramente que los optimismos de nuestro amigo Blanco se realicen.

Advertencia

Por la tiranía del espacio, hemos debido postergar la publicación del tercer acto de la «Comedia de pequeños burgueses» de Alberto Gerchunoff. También hemos dejado para el próximo número un extenso estudio en que Coriolano Alberini remata su crítica sobre el libro del doctor Ernesto Quesada, «La Enseñanza de la historia en las Universidades alemanas», estudiando el sistema de Lamprecht.

NOSOTROS.
